NAM

CRONICA DE LA GUERRA DE VIETNAM 1965-1975

12

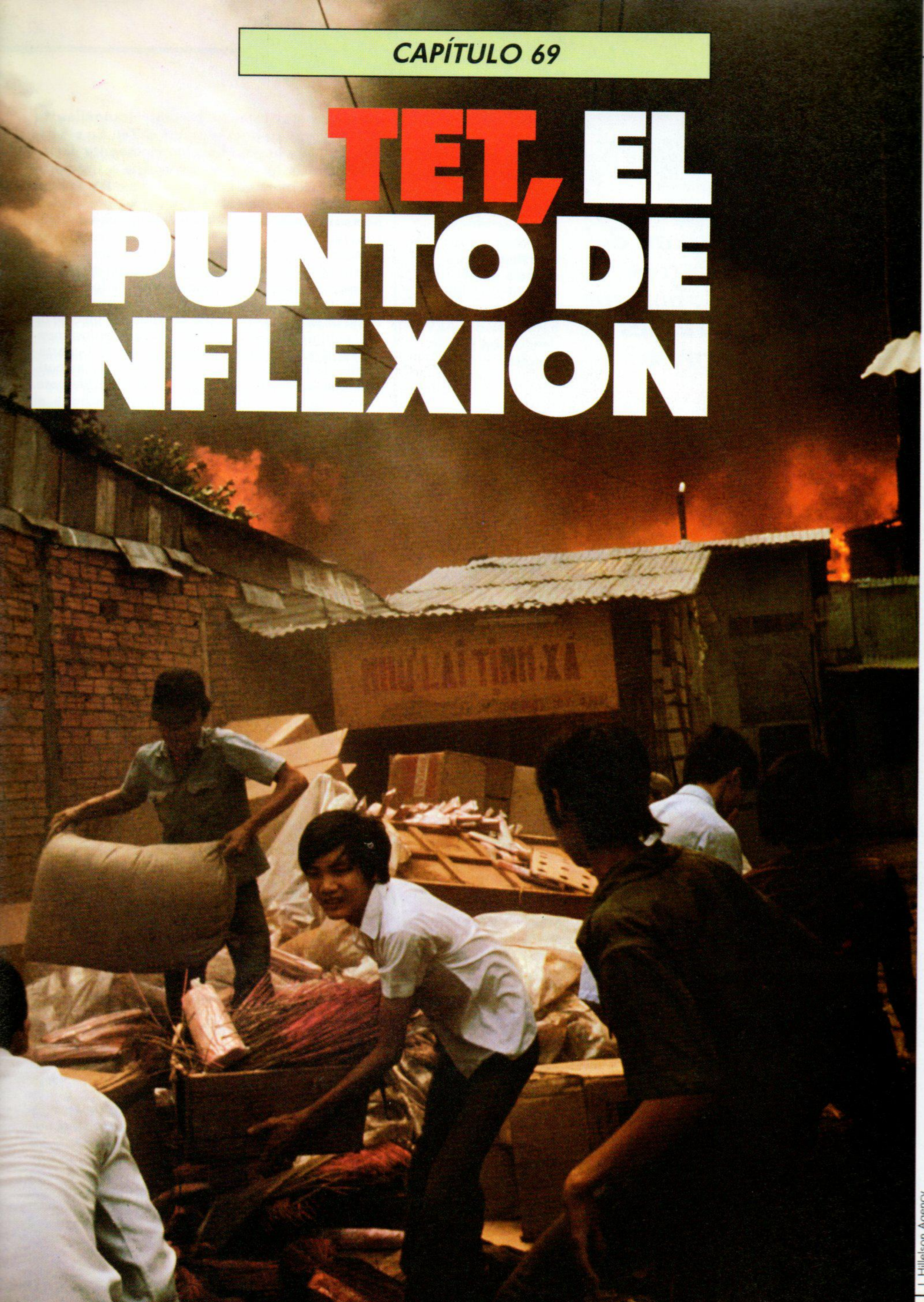
10012
9 788439 507673
350 PTAS.
C
33
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

OBRA COMPLETA
EN 20 FASCICULOS

CAPÍTULO 69

TET, EL PUNTO DE INFLEXION



J. Hillelson Agency

En enero de 1968 las fuerzas armadas norteamericanas llevaban en Vietnam del Sur alrededor de tres años. Entonces, ¿por qué la ofensiva del Tet les pilló tan de sorpresa?

Página anterior: Salvando los enseres personales de los incendios de Saigón. Abajo: El cadáver de un francotirador del Vietcong es sacado a rastras de un edificio en el distrito de Cholon. Abajo, derecha: Soldados del ARVN descansan tras la batalla.

Las cosas estaban bastante tranquilas en "*Foggy Bottom*" durante el Tet. En el nuevo año lunar, el pueblo vietnamita detendría la lucha y se dispondría a festejarlo con sus familiares y amigos, y las cosas en el gabinete del Sudeste Asiático, en el sótano del Departamento de Estado, en Washington, se ralentizarían.

Muchos de los muchachos estarían esquiando en Vermont y New Hampshire, y únicamente quedaría un pequeño retén en el gabinete. Para los vietnamitas de ambos lados de la ZDM, el Tet era un período de paz temporal, caracterizado por un cese de las hostilidades que era observado escrupulosamente. De modo que los corresponsales del Departamento de Estado en Vietnam tendrían pocas noticias que cubrir. El año 1968 no parecía diferente. Como a finales de enero se aproximaba la fiesta, el

Popperfoto

FLN en el Sur anunció el usual alto el fuego, el gobierno de Saigón hizo lo mismo y el país se preparaba para las celebraciones. De modo que el gabinete paralizó sus operaciones.

Pero las cosas no eran como parecían. Aproximadamente seis meses antes, "*Foggy Bottom*" había empezado a recibir noticias de sus servicios de información en las que se insinuaba que Hanoi estaba planeando una importante ofensiva militar en Vietnam del Sur. Pero aunque pudiera sospecharse que lanzarían ataques por sorpresa a gran escala, la información era demasiado incompleta.

En cualquier caso, esta información perdió valor el 21 de enero, cuando se tuvieron noticias de que las principales divisiones del EVN habían sitiado Khe Sanh. En el gabinete algunos sospechaban que

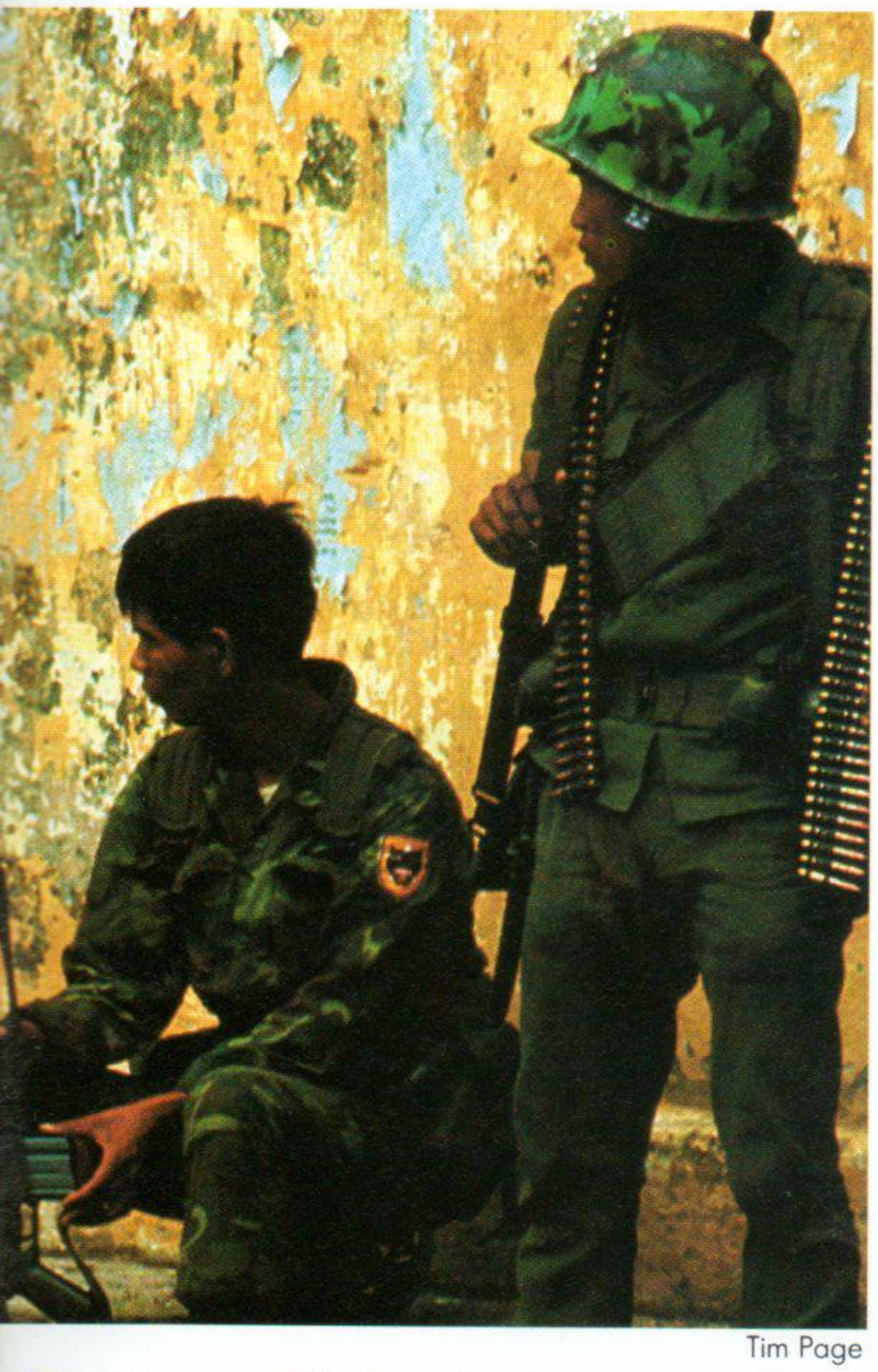
CAPÍTULO 69

esto podía ser una maniobra para que Westmoreland centrara su atención, y sus reservas, en la frontera del Norte. Y, naturalmente, "Westy" lo hizo. Parecía plenamente convencido de que era el comienzo del más importante intento del EVN por romper el perímetro defensivo de EE UU. Esto no significaba que él obviara la posibilidad de que se produjeran ataques en otros lugares.

Demasiado poco, demasiado tarde

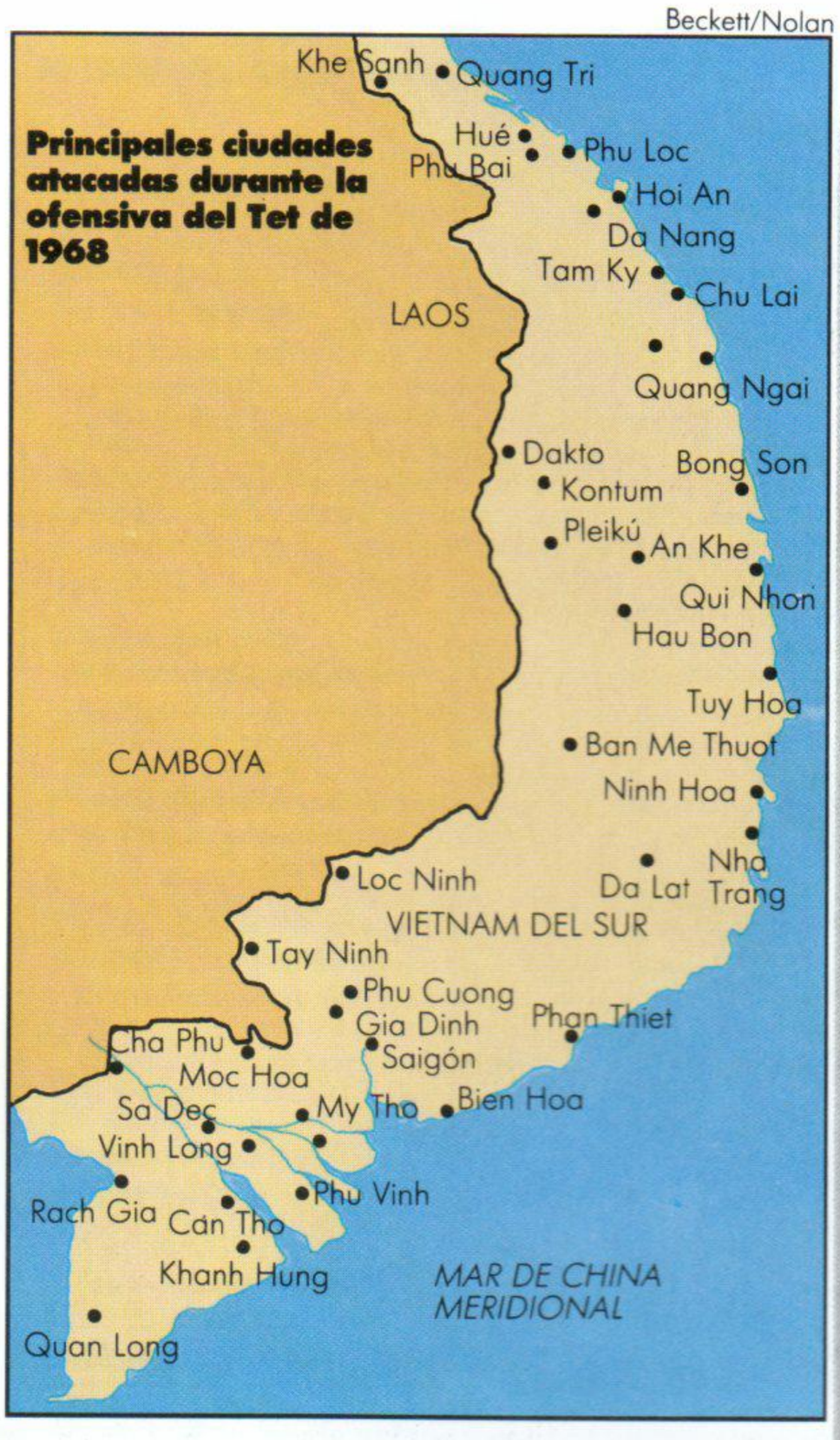
Durante semanas, el gabinete había estado enviando al Servicio de Inteligencia Militar de EE UU información acerca de un aumento de la potencia comunista. El Ejército incluso había capturado documentos en los que se ofrecían detalles de una próxima ofensiva.

Pero nada de lo que llegaba a "*Foggy Bottom*" indicaba su alcance, motivo o fecha precisa.



Tim Page

Entonces sucedió. Aproximadamente en el momento en que el turno de día se disponía a marchar a casa, llegaron noticias de combates esporádicos. Antes de finalizar el 30 de enero del calendario vietnamita, soldados comunistas, mezclándose con los campesinos que regresaban a Ban Me Thuot, Kontúm, Hoi An, Da Nang, Qui Nhon y Pleikú, iniciaron ataques a los edificios gubernamentales y puestos militares con fuego de mortero, cohetes y armas portátiles. Westmoreland respondió poniendo en estado de máxima alerta a todas las fuerzas de EE UU en el Sur. Advirtió al presidente Thieu del peligro, y éste convino en cancelar los permisos del ARVN, aunque no especificó qué haría para que sus fuerzas abandonaran las fiestas del Tet y regresaran a sus cuarteles.



Al principio, estos ataques no parecían pertenecer a la sospechada ofensiva e hicieron que el Ejército se sumiera en una falsa sensación de seguridad. Después de todo, los ataques fueron rechazados. Hacia las últimas horas del día 30, gran parte de los infiltrados habían sido hechos prisioneros o muertos y fue un alivio constatar que la feroz ofensiva había sido contenida tan fácilmente. Después de una larga noche, algunos de los componentes del gabinete habían regresado a sus casas.

Una explosión de violencia

Poco después de que los componentes del gabinete regresaran a sus residencias de Georgetown o a sus viviendas en el extrarradio a lo largo del Potomac, en Virginia, fueron avisados para que volviesen a la oficina. Durante la noche del 30 al 31 de enero, en ciudades a lo largo y ancho de Vietnam, estalló la violencia. La ofensiva se estaba escalonando. Los aparatos de télex funcionaban sin descanso. El 1 de febrero, Saigón había sido atacada, junto a 36 de las 44 capitales provinciales, cinco de las seis ciudades autónomas y 64 de las 242 capitales de distrito. Más de 84 000 combatientes comunistas habían surgido prácticamente de la nada.

En Saigón, que hasta la fecha se había librado de los peores efectos de la guerra, zapadores del Vietcong especialmente entrenados, extraídos del Batallón Ciudadano C-10, instruidos localmente, robaron taxis para aproximarse a las instalaciones clave. Sorprendieron a los centinelas, que estaban

PLANIFICACIÓN Y ALCANCE DEL TET

La decisión de montar una vasta operación militar contra el Sur fue tomada por los líderes comunistas en Hanoi en una fecha tan temprana como julio de 1967. En aquel mes, los diplomáticos nordvietnamitas distribuidos por el mundo fueron citados para una conferencia a alto nivel, dirigida por Ho Chi Minh y el general Vo Nguyen Giap. Se había decidido organizar una serie de ataques simultáneos en Vietnam del Sur. La intención de tales ataques era someter al tal presión al ARVN que el gobierno de Vietnam del Sur colapsara.

Los preparativos comenzaron de inmediato. Contactos con el FLN en el Sur aseguraron que las unidades del Vietcong estaban en disposición de llevar a cabo los ataques, y pertrechos y armas empezaron a ser trasladados a través de la Ruta Ho Chi Minh para conseguir el máximo impacto. Al mismo tiempo, fue puesto en práctica un elaborado plan de diversión.

Las divisiones del EVN marcharon contra las bases de EE UU en Loc Ninh y Khe Sanh, creando una preocupación a los norteamericanos por la seguridad de las ciudades antes de que se iniciara el ataque. Diplomáticos y políticos del Norte comenzaron a ofrecer nuevas cláusulas para las negociaciones de paz, desviando la atención del presidente Johnson en un momento crucial.

Por último, se tomó la decisión de lanzar la ofensiva durante el período del Tet (nuevo año lunar), a finales de enero de 1968; en un momento en que los soldados del ARVN estarían de permiso y las ciudades, ocupadas con las celebraciones, lo que procuraría una cobertura ideal para los infiltrados.

Hacia mediados de enero, más de 84 000 vietcong y soldados del EVN fueron trasladados a sus posiciones, mientras divisiones del EVN cercaban Khe Sanh, desviando la atención de EE UU. En Vietnam del Sur estaba a punto de estallar una violencia sin precedentes.

LA OFENSIVA DEL TET

MOTIVOS E INTRIGAS

Ha habido muchos debates en cuanto a los motivos que impulsaron al Politburó de Hanoi a lanzar la ofensiva Tet, ¿pero cuánto es lo que realmente sabemos?

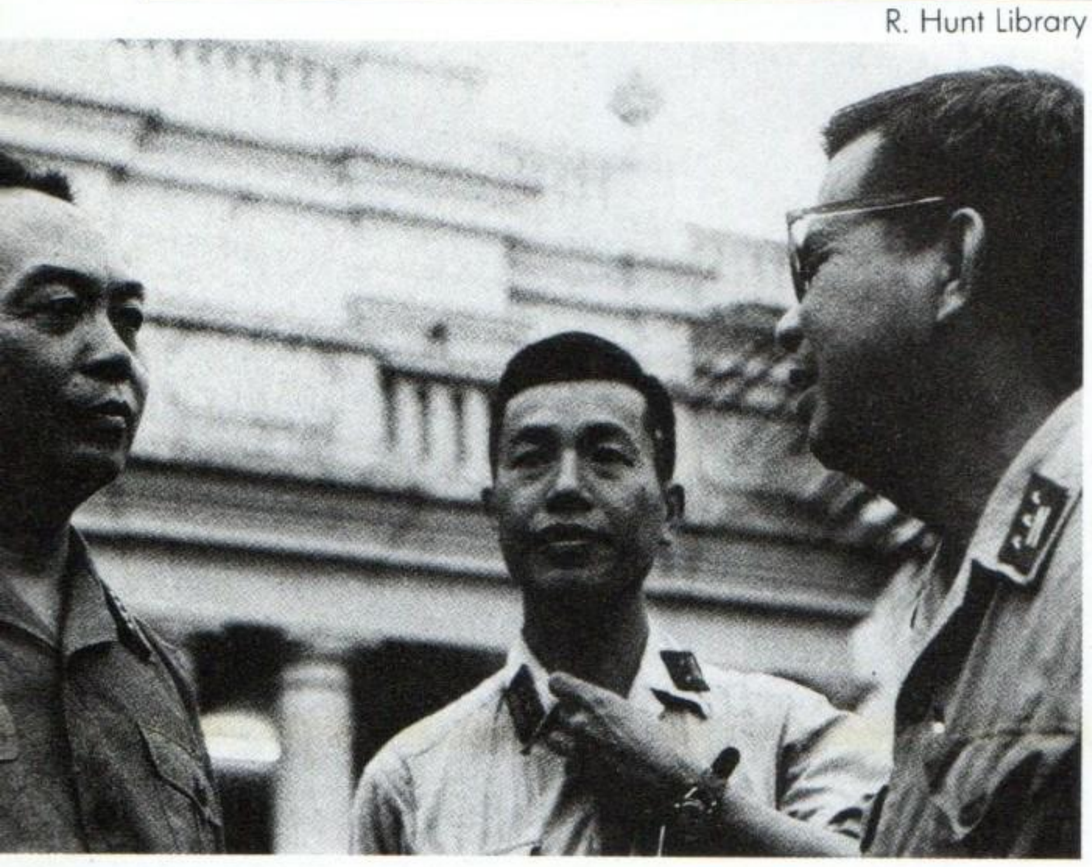
En los años posteriores a la ofensiva del Tet, analistas y generales de todas clases han ofrecido su versión de los motivos que animaron a los dirigentes comunistas. Los comentaristas occidentales parecen aceptar como algo axiomático el hecho de que el Politburó de Hanoi pretendiese influir la opinión pública norteamericana contra la guerra, pero el propio Giap ha afirmado que esta consideración apenas tuvo efecto sobre la planificación comunista. Existe otro punto de debate referido a si Hanoi creía que estaba perdiendo la guerra y pensó que debía actuar rápida y decisivamente, o bien si se sentía muy seguro y pensó que un solo golpe podría otorgarle una victoria completa.

Es casi seguro que nunca obtendremos respuestas definitivas a estas preguntas: las discusiones del Politburó son un libro cerrado. Sin embargo, hay algunas consideraciones que fueron indudablemente importantes. La primera es que, aunque el Tet y Khe Sanh implicaban el riesgo de una derrota (y de enormes pérdidas), los posibles beneficios eran enormes. Si alguno de los dos hubiese tenido éxito —si Khe Sanh hubiese caído o si el Ejército Sudvietnamita se hubiera derrumbado— la guerra hubiese sido ganada. E, incluso en la derrota, el Tet hubiese supuesto muchas ventajas para el futuro.

Simplemente entrando en las ciudades en gran número, el VC y el Ejército norvietnamita demostrarían a la población de Vietnam del Sur la fragilidad de su gobierno. El hecho de que se produjeran asesinatos selectivos de oficiales del gobierno en Hué refuerza la interpretación de que la ofensiva Tet sirvió como una poderosa advertencia al pueblo sudvietnamita sobre dónde se encontraba realmente el poder. La posibilidad de afectar a la opinión pública norteamericana debió ser, obviamente, discutida por Hanoi. Pero lo que realmente contaba era la opinión de la gente que vivía en el Sur.

Por último, con frecuencia se ha afirmado que un "fracaso" en la ofensiva del Tet, dando como resultado fuertes pérdidas entre los cuadros del Vietcong, podría haber servido a los planes de Hanoi, en el sentido de que se habría eliminado una fuerza con base en el sur, potencialmente independiente y, tal vez, difícil de manejar. Pero, nuevamente, nunca sabremos con seguridad si éste fue un motivo importante.

R. Hunt Library



Izquierda: El general Giap escucha a dos de sus comandantes de campo que le informan sobre los últimos preparativos de la ofensiva del Tet. Giap ya había dado muestras de su intención de desangrar a EE UU en una guerra de desgaste, pero la enorme escala de la ofensiva del Tet fue un claro indicio de que estaba preparado para llevar la guerra a una nueva fase, en la que los índices de desgaste serían más elevados y haría posible una victoria decisiva para las fuerzas comunistas. Extremo inferior, izquierda: Miembros del Vietcong antes de la ofensiva del Tet.

distraídos observando los fuegos artificiales conmemorativos del Tet. En la sede de la Junta de Jefes del ARVN, la Puerta 5 fue atacada con cargas explosivas y cohetes a las 02,00 horas. Posteriormente, ataques a la Puerta 4 fueron llevados a cabo por miembros del 1.er y 2.º Batallones de VC y abrieron una brecha en las defensas. Ataques similares contra el Palacio de la Independencia, la Emisora Nacional de Radio, el cuartel general del Ejército vietnamita y las embajadas japonesa y filipina tuvieron un cierto éxito, contribuyendo a la confusión y forzando hasta el límite las defensas de la ciudad.

La muerte en casa

Luego resultó alcanzada la embajada norteamericana en el bulevar Thong Nhat. Dos centinelas del Cuerpo de Infantería de Marina murieron y el resto del destacamento de guardia se vio obligado a retirarse detrás de las pesadas puertas del edificio principal de la cancillería. Se enviaron refuerzos inmediatamente, pero la lucha continuó durante la noche. Al amanecer, hora de Saigón, los 19 elementos infiltrados del VC habían sido eliminados o capturados, lo cual proporcionó cierta tranquilidad a los muchachos en "*Foggy Bottom*" cuando, esa tarde, quedaron libres de servicio.

Pero, una vez llegaron a sus casas, esa tranquilidad se convirtió rápidamente en angustia al ver las noticias en televisión. Lejos de aplaudir la rapidez y efectividad de la respuesta, los locutores estaban profundamente conmocionados por la aparente facilidad con que el enemigo había conseguido llegar hasta el mismo corazón de Saigón. Todas las afirmaciones respecto de una victoria final se evaporaron mientras las imágenes de muerte y destrucción llenaban las pantallas de los televisores.

Distritos en manos del VC

En los gabinetes se recibían informes de que, en el amanecer del 31 de enero, la mayor parte de las zonas occidentales y sur de Saigón, incluyendo la totalidad del distrito de Cholon, estaban en manos del VC, y se recibían mensajes de que se producían ataques en Long Binh, Bien Hoa e incluso contra el aeropuerto internacional de Tan Son Nhut. Y aunque los contraataques lanzados por el ARVN y los efectivos norteamericanos consiguieron recuperar el control de la situación, a menudo, en cuestión de horas, los muchachos de "*Foggy Bottom*" sabían que todo eso carecía de importancia. Lo que contaba eran las imágenes que aparecían en los televisores de Norteamérica. Estas imágenes incluían desde bombardeos contra Saigón hasta la ejecución sumaria en plena calle de un prisionero del VC por el jefe de policía de Vietnam del Sur.

Los informes de los servicios de inteligencia decían que la situación no era muy diferente en zonas alejadas de Saigón. Aunque los ataques lanzados por el VC y el EVN contra ciudades en todo el país conseguían ser neutralizados, los combates eran durísimos y los índices de destrucción, muy elevados.

En ninguna parte esto era más evidente que en Hué, la antigua capital imperial de Vietnam. Los defensores del Ejército sudvietnamita eran superados por atacantes, y los refuerzos de los marine entraron en una verdadera pesadilla de combates urbanos, sufriendo graves bajas a medida que avanzaban casa por casa. Inmovilizados junto a los muros de la Ciudadela, no volverían a ocupar la ciudad

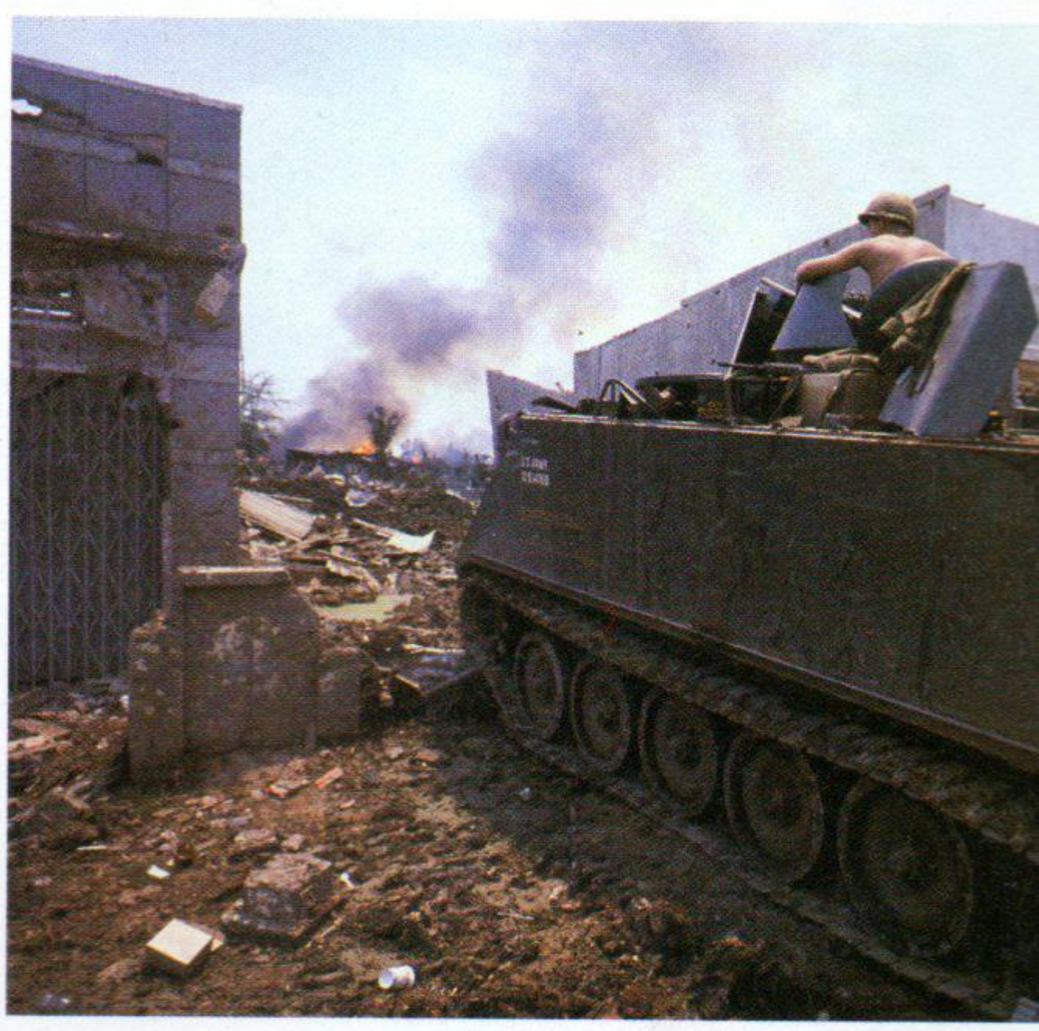
hasta el 25 de febrero. Para entonces, la ciudad había dejado de existir virtualmente. Los bombardeos habían destruido los históricos edificios.

Todos lo ataques seguían el mismo modelo: detrás de una cortina de granadas de mortero, los zapadores del VC avanzaban hasta unirse con cuadros que ya se habían infiltrado anteriormente. Esta punta de lanza se dirigía inmediatamente a los puntos clave —emisoras de radio, cuarteles— con el apoyo posterior de contingentes más numerosos. Estos ataques, bien coordinados, dejaban a menudo al VC perfectamente atrincherado y resultaba muy difícil expulsarle después de sus posiciones.

A comienzos de marzo, la acción en el Sudeste asiático había disminuido. Las últimas ciudades habían sido limpiadas de tropas enemigas. El Pentágono estaba exultante. En términos puramente militares, nadie dudaba de que los Aliados habían infligido enormes bajas al enemigo. En febrero, Westmoreland había afirmado que la cifra de comunistas muertos se elevaba a 37 000 y que el total podía muy bien haber alcanzado los 50 000 muertos. Pero más de 2 000 soldados norteamericanos y alrededor de 11 000 del ARVN también habían perecido en los combates.

A pesar de la afirmación de Westmoreland de que el VC había salido muy perjudicado de la ofensiva, las fuerzas comunistas estuvieron preparadas para volver a la carga en verano, en una segunda oleada de ataques conocida como "mini-Tet". Aunque menor en alcance que la ofensiva de enero, la "mini-Tet" volvió a demostrar que, después de tres años de participación norteamericana en el conflicto, las ciudades de Vietnam del Sur aún eran vulnerables a los ataques comunistas.

Keystone



Extremo superior, derecha: Protegidos detrás de una pila de escombros, miembros del Vietcong se preparan para atacar. Centro, derecha: Mientras arrecia el fuego, un vehículo portapersonal avanza lentamente por las devastadas calles de Saigón. Abajo: La ofensiva del Tet fue un fuerte *shock* para los norteamericanos, quienes creían que los comunistas eran incapaces de montar un ataque de esas características. Aún así, la bandera estadounidense siguió ondeando, al menos durante algún tiempo.

Popperfoto

Popperfoto

BATALLA POR SAIGON

Las fuerzas aliadas lucharon de forma endemoniada cuando las escuadras del Vietcong atacaron Saigón

Popperfoto

CAPÍTULO 70

TESTIMONIO

El autor, Trang Van Duong, era miembro de la comunidad de Saigón cuando la ofensiva del Tet asoló la ciudad.

Cuando el VC salió de sus escondites para lanzar su ataque, todo el mundo pensó que las explosiones eran simplemente fuegos artificiales para celebrar el Año del Mono. Pero el hecho de que el ruido se prolongara durante tanto tiempo, nos convenció de que realmente se estaba luchando en las calles. Al principio, nadie imaginó que eso fuese posible. Aquí no, dentro de la capital. Entonces, una vez que el sonido de las armas portátiles se hizo inconfundible, todo el mundo pensó que se trataba de un golpe palaciego. Era Ky quien, finalmente, se había levantado contra el presidente Thieu. Pero nos equivocamos otra vez. (De hecho, como se supo después, Thieu ni siquiera estaba en Saigón, sino que se hallaba en My Tho, a unos 60 kilómetros de distancia de la capital.)

En 1968, me encontraba de regreso en Saigón. Ya hacía dos años que estaba en la ciudad después de haber estado trabajando en las provincias. Había sido administrador civil para el gobierno de Saigón, primero en Ben Tre y posteriormente en Bien Hoa.

Eran los últimos días de enero y nos preparábamos para celebrar el Tet, el Año Nuevo vietnamita. La guerra parecía muy lejana. Todo el mundo estaba cansado de ella y casi todos los soldados estaban de permiso.

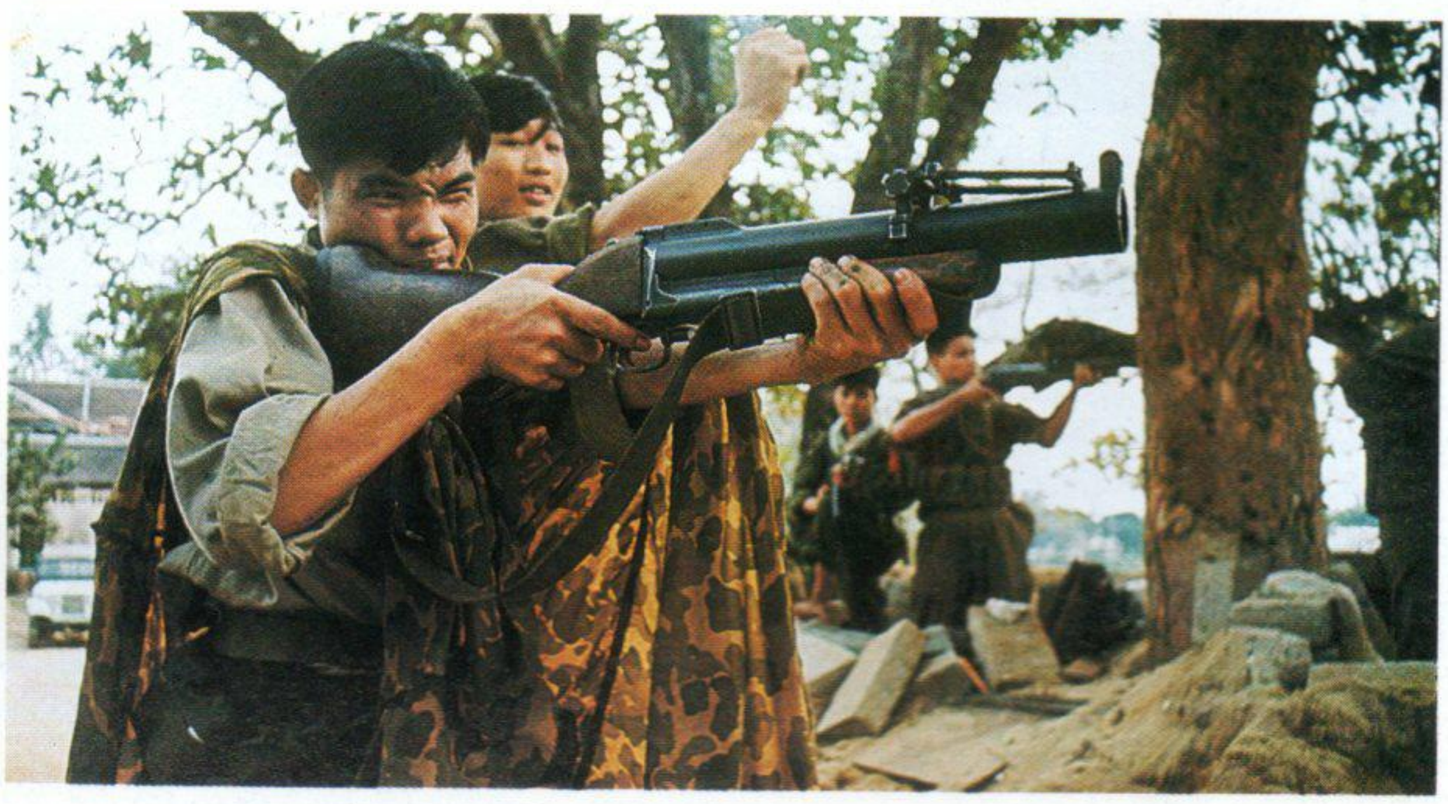
El Tet llega en el momento más agradable del año, durante nuestro invierno, lo que significa que el clima es fresco y bonacible. El Tet es una ocasión muy especial, como nuestra Navidad. Todo está cerrado, nadie va a trabajar, las familias se reúnen y todo el mundo se muestra muy generoso. En todas partes se respiraba un aire vacacional. En lo único que pensábamos era en escapar de aquella espantosa guerra. En esa época se habían producido rumores sobre golpes palaciegos urdidos por Ky, diputado del presidente Thieu, y sobre un posible golpe de estado. Pero todos los problemas son dejados de lado tradicionalmente durante el Tet; se abandonan las luchas y las habituales e interminables conspiraciones están ausentes de las conversaciones. Pero cuando comenzaron los combates, los rumores volvieron a aparecer inmediatamente.

Ocultas en ataúdes

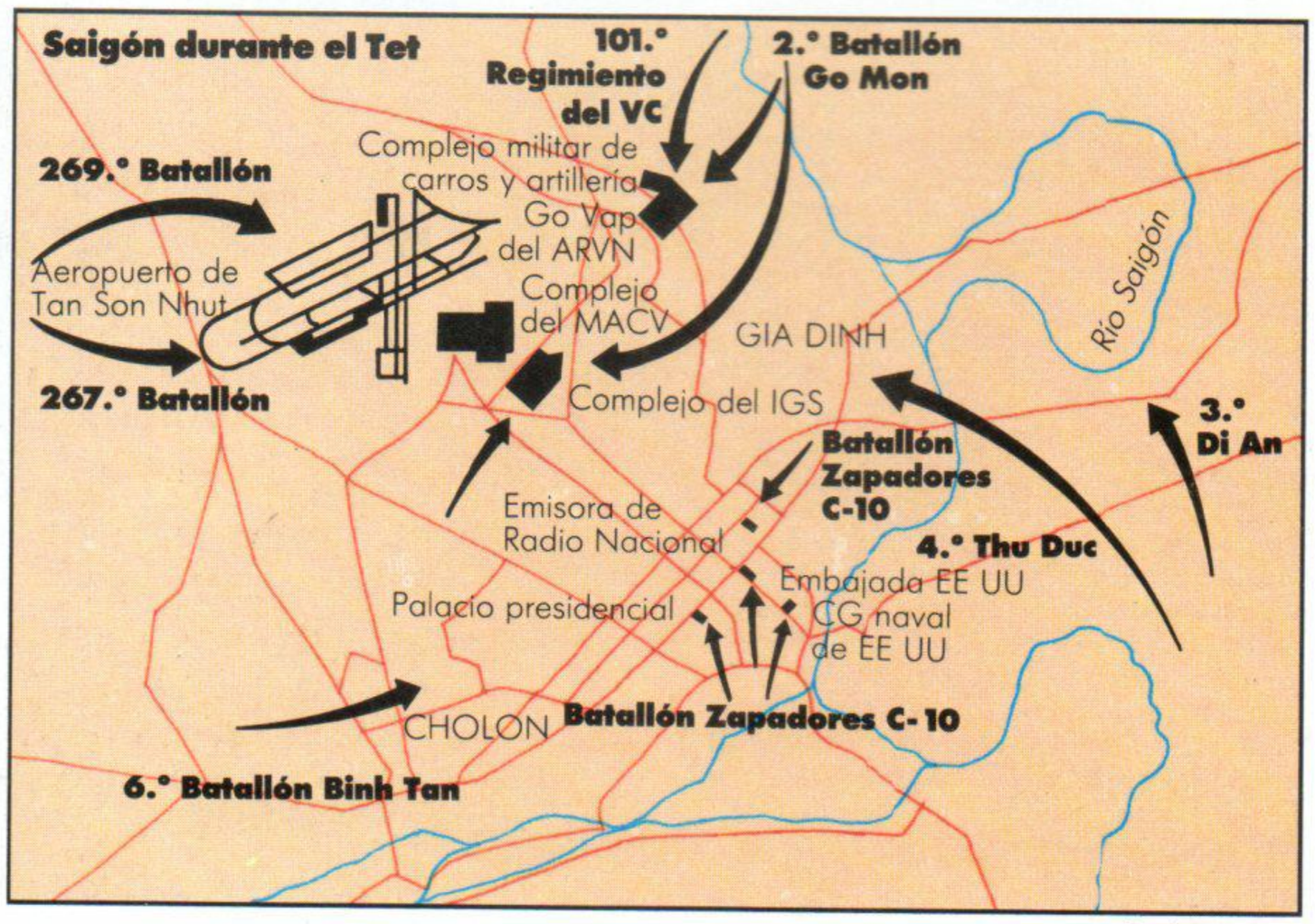
Lo que nosotros ignorábamos era que, durante meses, el VC había estado infiltrando armas en la ciudad. Lo habían hecho en pequeñas cantidades: fusiles, ametralladoras, granadas, explosivos y municiones. Algunas armas habían sido introducidas

Izquierda: Un soldado sudvietnamita busca refugio. Abajo: Los cadáveres de tres soldados norteamericanos. Sus conductores vietnamitas les traicionaron, dejándoles a su suerte.

Rex Features



La planificación y preparación de la ofensiva del Tet se remontaba a varios meses, a julio de 1967. Giap había decidido poner a prueba la resistencia de los norteamericanos y, a lo largo y ancho de Vietnam del Sur, los guerrilleros del Vietcong comenzaron su tarea de hostigamiento (izquierda). Para Giap, el hecho de que Saigón cayera o continuara en manos de los norteamericanos era irrelevante a corto plazo. De cualquier manera, la ofensiva demostraría la creencia de Hanoi de que serían los comunistas, y no Estados Unidos, los que obtendrían la victoria.



Beckett/Nolan

US Army

EL SUR PASA LA PRUEBA

Los líderes del Vietcong habían prometido la victoria a sus hombres, comenzando por el derrocamiento del gobierno de Vietnam del Sur. Pero Thieu no fue desalojado del poder y los soldados del Ejército sudvietnamita lucharon como demonios. ¿Por qué?

Dos de los objetivos de la ofensiva del Tet había sido alentar un levantamiento popular contra el gobierno sudvietnamita y provocar su caída. La magnitud del esfuerzo comunista, se esperaba, debilitaría al gobierno tanto a nivel local como nacional, mientras que el Ejército sudvietnamita sería sometido a una presión militar tan enorme que acabaría desintegrándose. Sin embargo, el previsto levantamiento popular no se produjo y tanto el Ejército sudvietnamita como el gobierno lograron sobrevivir al reto comunista.

En parte, su supervivencia puede atribuirse al hecho de que la fuerza del Vietcong y del EVN estaba demasiado dispersa. Mientras que los ataques contra cinco ciudades autónomas, 36 capitales provinciales y 64 capitales de distrito constituyeron una impresionante demostración de la capacidad de los comunistas para golpear a voluntad en todo el territorio del Sur, en realidad debilitaron su capacidad para mantener los territorios conquistados. Por tanto, los comunistas fueron expulsados rápidamente de todas partes, excepto de Saigón y Hué. Un factor más importante de la supervivencia del gobierno sudvietnamita fue, sin embargo, la brutalidad con que los comunistas impusieron su control temporal. Aunque muchos de los 14 000 civiles muertos, 24 000 heridos y 800 000 que se quedaron sin hogar eran, obviamente, víctimas de la respuesta de las tropas norteamericanas y sudvietnamitas a la ofensiva del Tet, las atrocidades y el terrorismo perpetrados por el Vietcong y el Ejército nordvietnamita hicieron que Hanoi consiguiera muy pocos adeptos para su causa entre el pueblo sudvietnamita. Había también una indignación generalizada por la violación de una fecha tan significativa como lo era el Tet, mientras que los soldados del Ejército de Vietnam del Sur estaban aparentemente galvanizados por la realidad que suponía luchar en defensa de sus propios hogares. Ciertamente, el gobierno de Thieu no sólo se sintió lo bastante seguro de su propio pueblo para autorizar un decreto de movilización general —hecho efectivo el 19 de junio— sino que el Ejército de Vietnam del Sur se vio engrosado por la incorporación masiva de voluntarios. Eso no significaba necesariamente que la ofensiva del Tet hubiera hecho que los sudvietnamitas amasen más a su gobierno, pero sí sugiere que preferían al presidente Thieu antes que a Ho Chi Minh.

en Saigón en el interior de ataúdes. Y los combatientes, desarmados, también habían llegado a la ciudad, llenando los hoteles. La gente viajaba de pueblo en pueblo para el Tet, permaneciendo junto a su familia para la celebración. De modo que nadie se extrañó de que los hoteles estuviesen llenos de gente llegada del campo.

Y, en las primeras horas del 31 de enero, el VC atacó su primer objetivo, el palacio presidencial. Luego atacaron todos los demás edificios importantes, incluyendo la estación de radio. Robaron coches para trasladarse por la ciudad. Incluso atacaron la Embajada norteamericana esa misma mañana, justo antes de las 15,00.

Yo había estado jugando al póker con un grupo de amigos hasta las 02,00 de la mañana, ignorante de lo que estaba a punto de suceder. Incluso regresé en coche a mi casa pasando junto al edificio de la radio.

Sin previo aviso

Ataques similares se estaban produciendo en las primeras ciudades de todo el país. En Saigón, el VC incluso se las ingenió para infiltrarse en el barrio chino de Cholon antes de que se produjera el contraataque de las fuerzas gubernamentales.

El edificio de seis plantas de la Embajada norteamericana, que se alzaba en la zona central de Saigón, había sido un recordatorio permanente de la presencia de EE UU y un símbolo de su prestigio y poder. Los norteamericanos se sentían tan seguros en este reducido territorio estadounidense a más de 16 000 kilómetros de sus hogares, que sólo había un puñado de marine montando guardia.

No hubo aviso previo. Un escuadrón de zapadores integrado por 19 vietcong logró superar el muro exterior y se preparó para irrumpir en el edificio principal, armado con morteros y granadas.

Pero el VC sólo consiguió llegar hasta el recinto exterior antes de que sus jefes cayeran abatidos por los centinelas. Con sus comandantes muertos, los otros guerrilleros fueron obligados a ponerse a cubierto cuando llegaron los refuerzos norteamericanos. Hasta esa distancia habían conseguido llegar.

Un verdadero infierno

Pero a los marine aún les llevó seis horas hacerse nuevamente con el control total del recinto. Una vez acabados los combates, el escenario era un verdadero infierno. El personal de la Embajada, cubierto de sangre, era atendido por los médicos. Los empleados habían cambiado sus plumas por armas. Había cadáveres esparcidos por todas partes, algunos de ellos norteamericanos, pero la mayoría pertenecientes al VC. Yacían apilados sobre la hierba, tiñéndola de rojo con su sangre. Estaban caídos entre los tiestos de flores, debajo de las apacibles palmeras. Por todas partes había trozos de piedra y cemento, y las antaño blancas y hermosas paredes de la Embajada estaban ahora acribilladas a balazos. Se podía leer la conmoción en el rostro de los norteamericanos. Su paraíso de paz había sido violado. Durante los días siguientes, se ordenó a los soldados norteamericanos que permanecieran en sus cuarteles, pero cuando se ordenó intervenir, lo hicieron con sed de venganza. Por primera vez, los norteamericanos armaron a las tropas gubernamentales con fusiles de asalto M16. Luego utilizaron toda su potencia de fuego para recuperar el te-

rreno ocupado por el VC. Allí donde había concentraciones guerrilleras, los marine simplemente arrasaban el lugar.

El VC había esperado que se produjera un levantamiento popular apoyando su acción. Pero no comprendieron que la gente les temía. Y tampoco esperaban que los norteamericanos simplemente arrasaran todo lo que encontraran a su paso justo en el centro de la ciudad. Era la primera vez que la gente veía helicópteros sobre los terrados de la ciudad, disparando cohetes contra las casas y los edificios. Si hubo algo que obró en contra del VC fueron los helicópteros armados con cohetes. Calles enteras fueron reducidas a escombros y gran cantidad de civiles murieron junto a los miembros del VC.

Pero no sólo fueron civiles los muertos bajo el fuego de los norteamericanos. Una escuela llena de soldados del gobierno fue atacada por error por los helicópteros y, aunque se produjo un verdadero escándalo, esas muertes no trajeron ninguna consecuencia. Se dijo que se estaba produciendo una matanza indiscriminada en toda la ciudad.

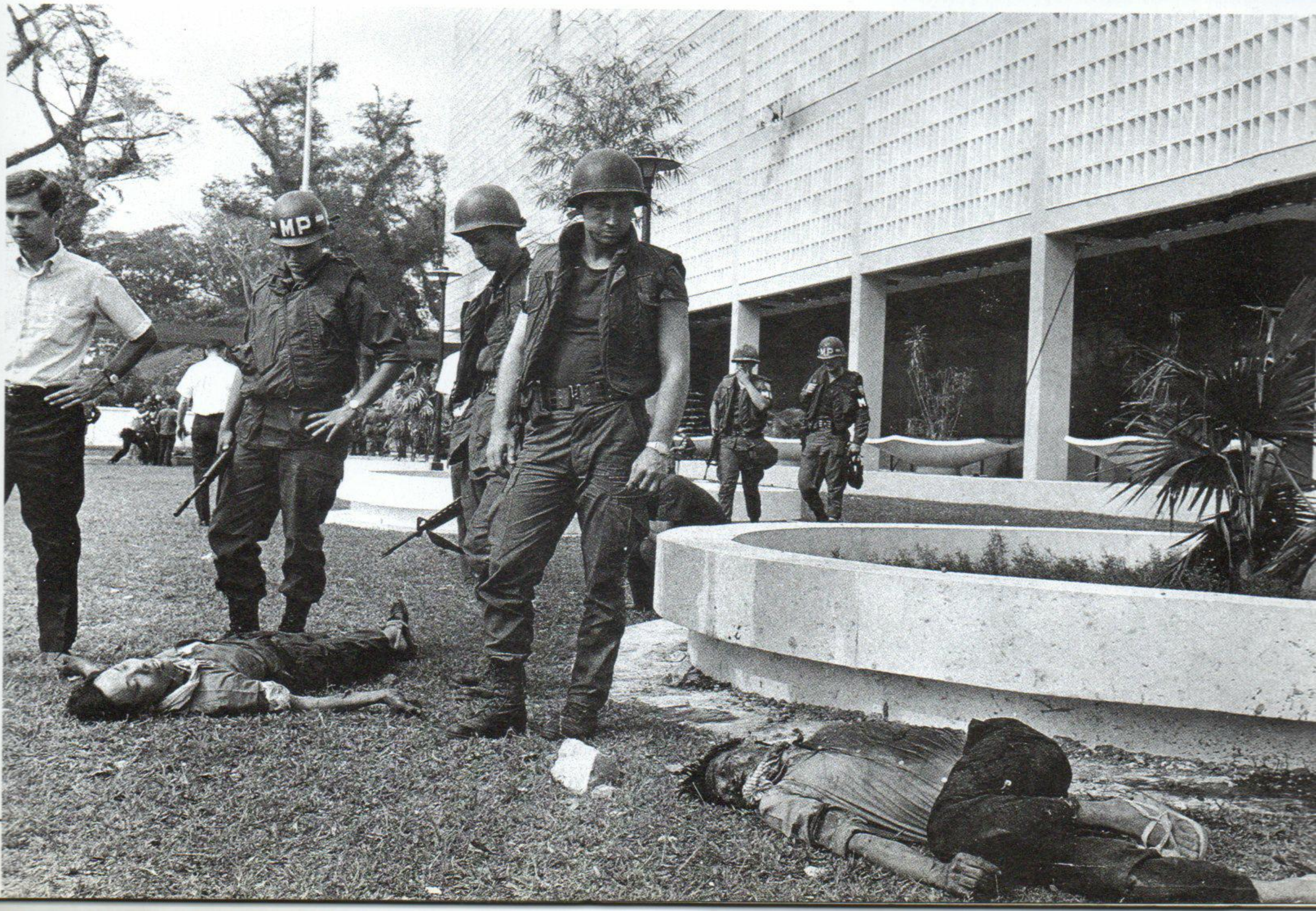
Ya no estaban seguros

Mientras los combates se recrudecían, fueron acordonadas zonas enteras de Saigón. Los norteamericanos no pensaron en enviar un *jeep* con un cañón sin retroceso para disparar contra las casas donde se habían hecho fuertes los soldados del VC. Comenzaban a disparar y volaban media calle. Eran casas donde vivía la gente, pero lo único que quedaba después del ataque era un montón de ruinas humeantes.

Estas personas no tenían ningún lugar adonde ir. Improvisaban refugios temporales, construían pequeñas chabolas con cajas de embalar o se metían

Las secuelas. Extremo izquierdo: Caído a pocos metros del edificio de la Embajada de EE UU, un guerrillero del VC yace muerto entre los escombros. Derecha: Visiblemente conmocionado por sus heridas y por el hecho de que el suelo norteamericano hubiera sido violado, un empleado de la Embajada es evacuado del edificio. Abajo: Un grupo de marine y policías militares han recuperado el control de la Embajada, pero, ¿a qué precio para la moral norteamericana?

Popperfoto



Popperfoto

CAPÍTULO 70

en enormes tuberías de desagüe subterráneas. De alguna manera, comenzó a crecer una especie de ciudad de chabolas, habitada por miles de víctimas inocentes que habían sido sorprendidas por los combates.

Durante el desarrollo de los combates, se impuso el toque de queda controlado por la Policía Militar. La gente permanecía oculta y alejada de la línea de fuego. La guerra había llegado a Saigón con toda su crudeza, a una ciudad donde la vida había sido relativamente pacífica. Antes, la guerra se había librado en el campo y, aunque todos conocían a alguien que estaba luchando, la vida en la capital había parecido segura.

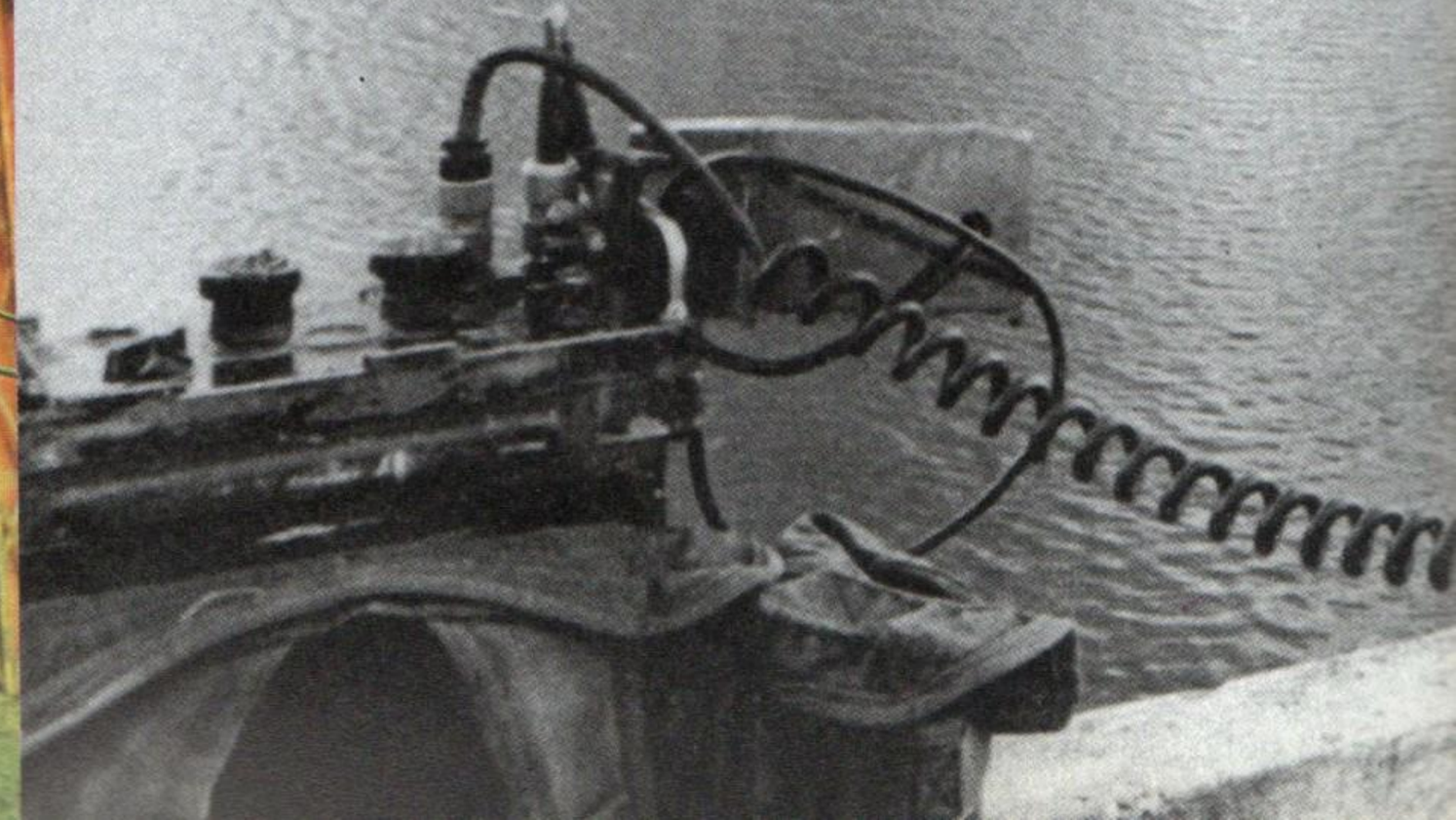
Yo me encontraba en el distrito de Gia Dinh en aquel momento y había decidido regresar a Ben Tre justo antes de que se desatara el ataque. Pero mi acompañante cambió de idea en el último minuto y, por tanto, ambos nos quedamos en Saigón. Resultó ser una decisión acertada, porque Ben Tre fue duramente atacada y pasaron dos semanas antes de que alguien pudiera moverse de allí. El mercado resultó completamente destruido y hubo que construir uno nuevo.

La esperada deserción masiva de efectivos del Ejército no se produjo y la población civil se negó a tomar las calles apoyando la ofensiva. En cambio, el Ejército se reagrupó e inició el contraataque junto con los norteamericanos, ganando terreno gradualmente en los alrededores de Saigón y en otras ciudades. La potencia de fuego masiva aniquiló los aislados focos de resistencia, aunque con un terrible coste de vidas para ambos contendientes.

Listas de muertos y fosas comunes

En la antigua capital imperial de Hué, en el norte, cuando las fuerzas nacionalistas reconquistaron la ciudadela, encontraron fosas comunes llenas de partidarios del gobierno, asesinados por el VC. Tal vez fuesen personas incluidas en listas negras o, quizá, se habían ajustado viejas cuentas. Pero en otras ciudades provinciales se había producido una destrucción similar, ya fuese por la acción de los norteamericanos para expulsar al VC o por éste mismo. Según un portavoz norteamericano: "Fue necesario destruir la ciudad (Ben Tre) par salvarla".

Después de que se hizo evidente que las fuerzas nacionalistas habían ganado, se podía oler el júbilo en el aire. El Norte ya no conseguiría la victoria. El gobierno había luchado en lugar de arrojar las armas, y, nuevamente, los norteamericanos habían sido unos aliados poderosos. Su poderío militar había salvado la situación. El VC había atacado con todo lo que tenía y, aún así, había sido derrotado.



Izquierda: Dos soldados sudvietnamitas, un marine y un paracaidista, muestran una mezcla de miedo y furia durante el desalojo de las fuerzas comunistas de los alrededores de Saigón. Extremo inferior, izquierda: Incluso cuando el torbellino de violencia hubo terminado, las tropas debieron mantenerse alerta ante los francotiradores ocultos detrás de las ventanas. Arriba, derecha: Rodeados de vietcong muertos, los soldados sudvietnamitas reflexionan sobre una batalla que creían había terminado con una derrota completa de los comunistas.

US Army Popperfoto

EL TET EN SAIGÓN

Su fuerza estaba mermada, su armamento destruido, su organización en ruinas.

Había sido una victoria militar para el gobierno y su principal aliado. Los sudvietnamitas se sentían orgullosos de su Ejército y la forma en que éste había superado la prueba de la batalla. Pero aunque el pueblo de Vietnam del Sur la consideraba una victoria, el pueblo norteamericano pensaba de un modo muy diferente. Habían visto cómo entraban las fuerzas enemigas en su Embajada y eso era algo que jamás olvidarían.

Abajo: Los incendios asolan Cholon mientras el ARVN intenta expulsar a los guerrilleros del VC que aún quedaban en el distrito chino de Saigón.

J. Hillelson Agency

LA REACCIÓN ALIADA

Al comenzar la tregua de 48 horas en Saigón, a las 18,00 horas del 29 de enero, muchos efectivos del Ejército sudvietnamita se habían marchado de permiso y estaban ausentes cuando comenzaron los ataques comunistas al día siguiente. Aunque las tropas norteamericanas no estaban de permiso, el MACV había transferido la responsabilidad de la seguridad de Saigón a los sudvietnamitas, y, aparte del Cuerpo de Marine, el destacamento de guardia en Saigón, la única unidad importante que mantenían los norteamericanos en la capital era el Batallón 716 de la Policía Militar.

La presencia del Ejército sudvietnamita estaba limitada principalmente al 5.° Grupo de Ranger, aunque dos batallones aerotransportados se encontraban fortuitamente cerca de la capital; las dificultades de transporte habían demorado su partida hacia el norte, a la Zona Táctica del I Cuerpo. Sin embargo, se produjo un pánico considerable cuando los ataques del VC irrumpieron en las primeras horas del 31 de enero.

El MACV reunió rápidamente una fuerza de defensa, "los Tigres del MACV", mientras que los norteamericanos atrapados en otras zonas de la ciudad permanecían ocultos y le disparaban a cualquier cosa que se moviera, incluso a desafortunados policías militares enviados para rescatarles. Fueron tan pocos los miembros del personal del MACV que pudieron llegar a su base que muchas de sus funciones fueron asumidas por el USARV en Long Binh.

La resolución de que el personal indispensable debía alojarse cerca de la base aérea de Tan Son Nhut permitió el funcionamiento del cuartel general de la Fuerza Aérea, pero los combates impidieron el despegue de cualquier avión desde Bin Hoa durante 48 horas. A pesar de la confusión reinante, que no era menor entre los reporteros que se encontraban fuera de la Embajada norteamericana, los norteamericanos disponían de cinco batallones en Saigón al atardecer del 31, y el Ejército sudvietnamita tenía 15 batallones el 3 de febrero.

CAPÍTULO 71

ESCAPAR A LA GUERRA

J. Hillelson Agency

Si no querías verte peleando en Vietnam, tenías dos alternativas posibles. La primera de ellas era conseguir una prórroga de cualquier clase, y la otra, declararte prófugo, cruzar la frontera hacia Canadá o México e iniciar la vida en el exilio

J. Hillelson Agency

TESTIMONIO

El autor, David Vandivier (arriba, izquierda, con su padre), debía incorporarse al servicio activo en 1969, pero se declaró prófugo.

Izquierda: En 1968, durante una reunión del partido Demócrata, dos manifestantes contra la guerra hacen gestos contradictorios: un puño desafiante y el signo de la victoria. En esta época, el movimiento contra el reclutamiento se encontraba en su apogeo. Derecha: Entonando canciones alrededor de una hoguera en la que se consumen las cartillas militares, manifestantes del Milwaukee realizan una demostración gráfica contra la guerra. Catorce personas fueron detenidas.

Una noche, en 1968, mi padre entró en la habitación que mis hermanos y yo compartíamos y se sentó en una de las camas. Había estado bebiendo. Estábamos asomados a la ventana de nuestro apartamento en el Harlem hispano, fumando un porro y escuchando *Sergeant Pepper's*. El viejo quitó la aguja del tocadiscos. "Nos vamos del país", dijo. John, mi hermano mayor, había sido llamado a filas y, en menos de un año, también me reclutarían a mí. "Muchachos, yo no os he criado en este agujero de mierda para que os vuelen el culo a 18 000 kilómetros de aquí. Será mejor que comencéis a despediros." Volvió a colocar la aguja en el disco y comenzó a sonar *She's Leaving Home* (ella se marcha de casa). Mierda, la letra decía: "Hemos sacrificado la mayor parte de nuestras vidas".

Mi padre era natural de Indiana, veterano de la Segunda Guerra Mundial y trabajaba como obrero en una fábrica. No era precisamente la clase de rojillo pacifista. Pero sabía que esa guerra era un error. Había sido uno de los hombres de Patton y pensaba que no teníamos que ir a remover la mierda de otros países.

Cuando volvió de la guerra, conoció a mi madre en Nueva York. Ella era polaca y vivía en la misma calle donde se había criado. Él se marchó de las llanuras del mediooeste y se mudó al Bronx.

No hay amor en la ciudad

Trabajaba como mecánico de ascensores y bebía mucho. Era un buen hombre. En 1967 había logrado comprar finalmente un pedazo de tierra en los Catskills. Ahora, a causa de la guerra, lo vendía todo para marcharnos a Canadá.

El verano de 1968 no era una buena época para vivir en la ciudad de Nueva York. En el Bronx, donde yo vivía, se había desatado el infierno. Los tumultos callejeros de Harlem habían alcanzado la Calle 139 y mi familia vivía en la 155. Algunas noches me iba a la cama oyendo el sonido de los disparos y la explosión de los depósitos de gasolina de los coches. Era una nana maravillosa.

La guerra de Vietnam estaba en su apogeo. Los chicos del vecindario desaparecían al por mayor y reaparecían seis semanas después con un curioso corte de pelo y un uniforme. Seis semanas de entrenamiento básico en Fort Dix, Nueva Jersey, un permiso de dos semanas en casa, y luego la oportunidad de sus vidas: un viaje con todos los gastos pagados al Sudeste asiático, por cortesía de Tío Sam, provistos de armas y municiones en caso de que les gustara el tiro al platillo.

La junta de reclutamiento local se estaba llevando a todo el mundo. Si tenías dos brazos, dos piernas y estabas vivo, eras un soldado Clase A. En las zonas residenciales como Scarsdale, los chicos obtenían aplazamientos: por causas físicas, por razones de estudio... cualquier jodida prórroga que se pudiera comprar con dinero. Pero en mi vecindario, donde todo el mundo dependía de la Seguridad Social o se escondía de la Policía, no había muchas prórrogas. El Tío Sam estaba vaciando los guetos como si se tratara de cubos de basura y los arrojaba en las selvas de Vietnam.

Cuando el verano se enfrió, los tumultos callejeros cesaron y la vida volvió a ser lo que se considera normal en un lugar como el Bronx. El cartero trajo una carta a nuestro apartamento. Se trataba de una invitación que mi hermano no podía rechazar. Lyndon Baines Johnson, el maestro chiflado de Texas convertido en presidente, quería que mi hermano fuese a jugar a los soldados por el bien de los Estados Unidos de Norteamérica. John había sido reclutado.

Mi padre hizo todos los arreglos necesarios. Mi hermano y yo nos despedimos de nuestras novias. Luego, una mañana muy temprano, nos metimos todos en el coche y enfilamos hacia el norte.

Cruzando el puente Peace

Cruzamos la frontera con Canadá por el puente Peace, en las cataratas del Niágara. Era una fría mañana de octubre y el rugido de las cataratas y el rocío húmedo del agua convertían el paisaje en una escena de una película de serie B. Aunque había pasado 14 horas dentro del coche, con otros cuatro adultos, un perro y un gato, era un espectáculo impresionante. Mientras permanecía allí, en medio de la húmeda neblina, no pude evitar preguntarme: "¿Qué demonios me espera ahora?" Sólo tenía 17 años y me marchaba del único país que conocía.

Después de un par de horas de viaje por carretera, decidimos que ésa era una ciudad tan buena como cualquier otra. Se trataba de un lugar pequeño llamado Guelph —60 000 habitantes— y tenía un cine.

Popperfoto

CAPÍTULO 71

PRÓFUGOS

¿Por qué, durante las primeras etapas de la guerra de Vietnam, la opinión pública norteamericana demostró poca o ninguna simpatía por los que evadían el reclutamiento?

Las actitudes hacia aquellos que trataban, por medios legales o ilícitos, de evitar ser reclutados para ir a la guerra varían según la percepción que la gente tenga del conflicto. Durante la II Guerra Mundial, por ejemplo, los países aliados creían que su lucha contra Alemania era *jus bellum*, conforme a los principios establecidos por la teoría de la Guerra Justa. Como resultado de ello, los evasores de sus deberes militares en esa época fueron ampliamente condenados.

Durante los primeros tiempos de la implicación norteamericana en el conflicto de Vietnam, a mediados de los sesenta, la actitud del pueblo norteamericano fue muy similar. La evitación del reclutamiento era vivamente criticado como antipatriótico o criminal. Esto resultaba comprensible para una generación que había crecido antes o durante la II Guerra Mundial. Los recuerdos de la guerra total y los sacrificios necesarios para ganarla no dejaban lugar para la simpatía hacia la "generación mimada" que parecía deleitarse denigrando el sistema o menospreciando los esfuerzos por defender la causa de la libertad en el Sudeste asiático.

El desprecio de los prófugos de sus responsabilidades militares se hacía más patente por el hecho de que la gente, en general, no mostraba ningún interés o preocupación por las desigualdades inherentes al sistema de reclutamiento. La inclinación del sistema en favor de los norteamericanos blancos, instruidos y de clase media, puede no haber sido inmediatamente evidente, pero la persecución sistemática de grupos minoritarios como los Testigos de Jehová —muchos de los cuales fueron juzgados y condenados cuando se negaron a reconocer las leyes de reclutamiento— debería haber producido una protesta pública.

Sin embargo, esa aceptación pasiva de la política del gobierno comenzó a tambalearse después de 1968, cuando las actitudes públicas hacia la guerra se volvieron mucho más críticas. Las familias, especialmente aquellas que pertenecían a los sectores más influyentes de la sociedad, comenzaron a ayudar a sus hijos a evitar el servicio militar. Se empleaban varios métodos: pagar para que su hijo continuase su educación después de la escuela superior, explotando los informes de expertos médicos o legales, o ayudando a su hijo a escapar a través de las fronteras de EE UU.

Cuando acabó la década de los sesenta y la gente vio que se estaba produciendo la retirada norteamericana de Vietnam, la evitación del reclutamiento se unió a las demandas de retirada del combate. Todo se volvió más respetable; se lo consideraba como una forma de protesta legítima. Médicos y abogados se mostraban más proclives a extender certificados que aseguraban que su cliente no sería el último soldado norteamericano en morir en el sudeste de Asia.

A comienzos de la década de los setenta, la opinión pública había cambiado de actitud, pasando de la condena a una actitud más liberal. El cambio de ambiente fue suficiente para permitir que el presidente Ford introdujera su programa de clemencia menos de 18 meses después de que cesara el compromiso norteamericano en Vietnam. En 1977, el presidente Carter fue capaz de proclamar una amnistía general para todos los que habían resistido el reclutamiento, sin que la actitud de la Casa Blanca provocara mayores protestas. Para entonces, la mayoría de los norteamericanos sólo querían olvidarse de la guerra de Vietnam y de las divisiones que había creado en su sociedad.

Ésa era una gran ventaja. Yo no podía dejar de pensar: "Cristo, aquí estamos, a mil kilómetros de ninguna parte. Sin amigos ni parientes ni trabajo, ni siquiera un lugar al que se pueda llamar hogar, y todo porque no quisimos ir a dispararle a alguien en su propio país y que no nos había hecho nada".

Nos registramos en un hotel. Todas las ventanas daban a un cementerio.

Una ciudad solitaria

Aquel primer invierno fue uno de los más crudos que había tenido el sur de Ontario desde hacía muchos años. Seis semanas más tarde abandonamos el hotel y nos mudamos a una casa. No teníamos trabajo y tampoco íbamos al colegio, pero yo estaba conmocionado por el choque cultural. Caminaba por la calle y, súbitamente, me sentía mareado. Aquí estaba yo, en una pequeña ciudad canadiense después de haber vivido toda mi vida en las calles de Nueva York. ¡No había negros ni hispanos! Sólo un montón de gente mirando.

Yo también miraba mucho, y también tuve algunas peleas. Si eres de la ciudad de Nueva York, todos los canadienses piensan que eres un tipo duro. Pero ellos no se daban cuenta de que puedes ser muy malo sin levantar un dedo. Al principio, ahuyentaba a las personas. Te sentías muy solo, como si estuvieras en el espacio exterior. Mi hermano y yo nos casamos al poco tiempo de haber llegado, pero mi matrimonio no duró mucho. Yo era sólo un crío.

En las afueras de Guelph había una universidad y me acostumbré a pasar bastante tiempo allí. Era un poco más cosmopolita, había una panda de hippies y también corría la droga.

Las noticias no eran buenas

Conocí a unos chicos norteamericanos que se habían largado cuando recibieron la cartilla militar. La mayoría de ellos estaban solos. Tenían miedo y consumían muchas drogas. Muchos habían sido expulsados por sus padres, quienes les tacharon de cobardes y traidores.

Al vivir tan cerca de la frontera, veíamos los programas de televisión norteamericanos. Los que se evadían del reclutamiento estaban siempre en los telediarios y las noticias no eran nada buenas. En

R. Hunt Library

Izquierda: Seis norteamericanos que evadieron el servicio militar obligatorio huyendo a Suecia son entrevistados por un equipo de la televisión británica. Arriba, derecha: Para aquellos que no pudieron evitar el reclutamiento, la deserción era un eficaz substituto. Estos cuatro marine desaparecieron durante un permiso en Tokio y reaparecieron en Moscú.

Keystone

el lado norteamericano de la frontera había una lista informatizada; la mayoría de los desertores estaban en ella, y si te cogían entrando en el país te enviaban a una prisión militar. De modo que, mierda, no podía volver a mi tierra.

Nostalgia y hostilidad

Mi problema era aún más grave. Mi hermano había violado el código de justicia militar al evadir el reclutamiento, pero yo había cometido un delito federal muy serio al no inscribirme. La Real Policía Montada de Canadá me advirtió que no me acercara a la Embajada norteamericana porque podían tratar de arrestarme.

Mi padre regresó ocasionalmente a Estados Unidos. Se emborrachaba y echaba de menos la vida que había dejado atrás. Cogía el coche y viajaba hasta la frontera, pero ni siquiera su familia quería hablar con él. Y como el coche tenía matrícula de Canadá, le marcaban inmediatamente. Le arrestaban con frecuencia con cargos inventados. El *sheriff* local había perdido un hijo en Vietnam.

Vietnam en la sala

La gente de Canadá, con pocas y notables excepciones, jamás nos aceptó. Y la televisión nos traía todos los días a casa los horrores de la guerra a todo color. Aquí estábamos nosotros, los que nos negábamos a ir a la guerra. ¿Éramos héroes o malvados? En verdad, no éramos ni lo uno ni lo otro. En mi caso y en el de mi hermano, sólo estábamos muertos de miedo... y furiosos. John y yo procedíamos a "drogarnos y pasar de todo". Pero no podíamos sintonizar con la gente porque pienso que parte de nuestros cerebros estaba rota. Alejado de sus amigos, de su familia y de su país, mi padre vivía en una densa nube de alcohol.

Tal como lo veo hoy, después de todos estos años, nosotros no nos evadimos de la guerra. Nosotros nos metimos en nuestro propio Vietnam. También estábamos en un país extranjero, lejos de nuestra tierra y de todo lo que conocíamos. Éramos extraños en una tierra extraña. La única diferencia era que la gente no nos disparaba. En todo caso, no nos disparaba con balas, sólo con mierda.

Amnistía internacional

Mi hermano fue indultado por la amnistía de Jimmy Carter. Mis problemas legales tardaron un poco más de tiempo en resolverse. Ahora puedo regresar a Estados Unidos, pero tuve que adoptar la ciudadanía canadiense. Los norteamericanos no quisieron otorgarme el pasaporte. En la Estatua de la Libertad hay una inscripción que dice: "Enviadme vuestras masas cansadas y confusas..." ¡Mierda! Yo había nacido aquí, pero no pude regresar durante más de diez años. Ahora vivo en Inglaterra. Éste es el tercer país en el que he vivido y realmente no creo pertenecer a ninguno de ellos.

Mi padre murió de neumonía hace seis años, en Canadá, y está enterrado en un cementerio a menos de 200 metros del motel donde pasamos nuestras primeras noches. Siempre decía que el frío de Canadá acabaría matándole. Y lo hizo, larga y lentamente.

Él salvó mi vida a expensas de la suya.

EVITAR EL RECLUTAMIENTO

El 16 de setiembre de 1974, el presidente Gerald Ford firmó una orden administrativa que establecía un programa de clemencia para todos aquellos que se hubiesen declarado prófugos durante la guerra de Vietnam. Según las cifras en poder del Departamento de Defensa y Justicia, estos evasores sumaban más de 570 000 personas (incluyendo a aquellos que pidieron un aplazamiento de su servicio militar), de los que 209 517 habían sido acusados por el gobierno por haber evadido el reclutamiento. De estos acusados, 8 750 fueron declarados culpables de este delito. La mayoría de los casos, sin embargo, fueron sobreseídos bajo el programa de clemencia del presidente Ford.

Los transgresores incluían desde hombres que habían sido arrestados y condenados por delitos, hasta aquellos que habían huido a países como Canadá y Suecia y aún vivían en ese exilio perpetuo. Incluidos en estas cifras estaban aquellos que habían ignorado el reclutamiento y, a través de la mala gestión burocrática, nunca habían sido llevados ante la justicia.

Cuando el prófugo potencial se encontraba ante la responsabilidad de ser reclutado, tenía una serie de opciones. Podía evitar o postergar su inscripción en la junta local, pero era muy poco probable que esta maniobra tuviese éxito. Había muchas maneras de seguirle el rastro a un hombre. Más efectivo era encontrar alguna excusa legítima para solicitar un aplazamiento o conseguir un número bajo en el reclutamiento, siendo las más populares el casamiento, la educación y la salud. Los estudiantes que conseguían un aplazamiento eran muy comunes —cualquiera que estuviese estudiando a tiempo completo después de su fecha de inscripción conseguía que la llamada al servicio activo se postergara hasta que hubiese terminado el curso— pero las juntas de reclutamiento podían controlar los progresos del alumno. Los aplazamientos por causas médicas tenían un efecto más permanente y no era extraño que los evasores procedieran a automutilarse para asegurarse el éxito.

CAPÍTULO 72

En las ruinas de Hué, los infantes de marina pelearon a la desesperada para reconquistar la Ciudad Vieja

Era el 31 de enero de 1968 y Hué, la ciudad más importante de las provincias septentrionales de Vietnam del Sur, dormía profundamente, sumida en esas horas que separan los juegos nocturnos del trabajo cotidiano. La ex capital de Annam descansaba. El movimiento se veía restringido al ciclista ocasional que recorría su solitario camino junto a la orilla del río Perfume, bajo los muros que encerraban

J. Hillelson Agency

COMBATE POR LA CIUDADELA

EL TET EN HUÉ

la Ciudad Antigua, albergando a la mayor parte de sus 100 000 habitantes y a una cantidad interminable de refugiados. De pronto, el silencio fue roto brutalmente cuando los disparos de los morteros rasgaron la delicada tela de la noche y los proyectiles comenzaron a abrir enormes agujeros en las fachadas de las antiguas y bellas casas coloniales francesas. La muerte al por mayor iniciaba su visita a la Ciudad Imperial.

Keystone

Arriba: El VC ondea su bandera sobre la antigua Ciudadela de Hué. Izquierda: Los marine tuvieron que luchar calle por calle para reconquistar la ciudad.

Hué no estaba preparada para lo que iba a pasar. Todo el mundo suponía que una ofensiva era inminente. Pero nadie había esperado que fuese de esa escala e intensidad. Hasta ese momento, la ciudad no había sufrido los efectos de una batalla a gran escala, a pesar de estar situada a menos de 50 km al sur de la ZDM. La presencia militar norteamericana era mínima y se limitaba a un puñado de asesores.

Sin embargo, la pequeña fuerza del Ejército sudvietnamita que se encontraba en Hué aquella fatídica mañana era la compañía de élite "Panteras Negras", asignada a la 1.ª División del general Ngo Quang Trong. Lucharon como demonios, tratando de detener el avance de los dos batallones de infantería del Ejército nordvietnamita. Pero fueron superados en número y no pasó mucho tiempo antes de que las fuerzas enemigas controlaran casi toda la ciudad. La bandera del VC, estrellas doradas sobre un campo rojo y azul, flameaba victoriosamente sobre el antiguo palacio imperial.

Una tarde de combates callejeros

La base de los infantes de marina de EE UU más próxima a Hué estaba en Phu Bai, aproximadamente a 12 kilómetros hacia el Sur. Allí, el general Foster Lahue, un veterano de la Segunda Guerra Mundial y de Corea, estaba al mando de los marine pertenecientes a la seriamente debilitada Fuerza Operativa Rayos-X, integrada por poco más de tres batallones, cuando debía incluir al menos dos regimientos completos. Sólo 400 hombres para defender Phu Bai, la Carretera 1 —la ruta clave de las comunicaciones terrestres norte-sur desde Hué hasta Da Nang— y todos los accesos a Hué por el Oeste.

LA BATALLA DE HUÉ

Cuando los comunistas atacaron Hué a las 03,40 horas del 31 de enero, los soldados norteamericanos en el MACV de la Ciudad Nueva, aunque tomados por sorpresa, se las arreglaron para contener al Batallón 804 del 4.° Regimiento del EVB, y mantener sus posiciones. Sin embargo, en la Ciudad Antigua, la compañía de élite del Ejército sudvietnamita "Hac Bo" (Panteras Negras), no tuvo tanta suerte. Enfrentada a las fuerzas combinadas de los Batallones 800 y 802 del 6.° Regimiento del EVN, junto al 12.° Batallón de zapadores del VC, se vio obligada a retroceder hacia el cuartel general de la 1.° División del Ejército sudvietnamita. Los Batallones 806 y 810 del Ejército de Vietnam del Norte tomaron posiciones de bloqueo al norte y al sur de Hué.

Aunque los primeros intentos realizados por elementos del 1.° y 5.° de los Marine para entrar en la ciudad fracasaron, los contraataques comenzaron con toda intensidad en la Ciudad Antigua el 1 de febrero y en la Ciudad Nueva tres días más tarde, cuando otras tres compañías de marine se sumaron a la batalla. Al oeste de la ciudad, la 3.ª brigada de la 1.ª de Caballería Aérea impidió que tres regimientos del EVN se infiltrasen.

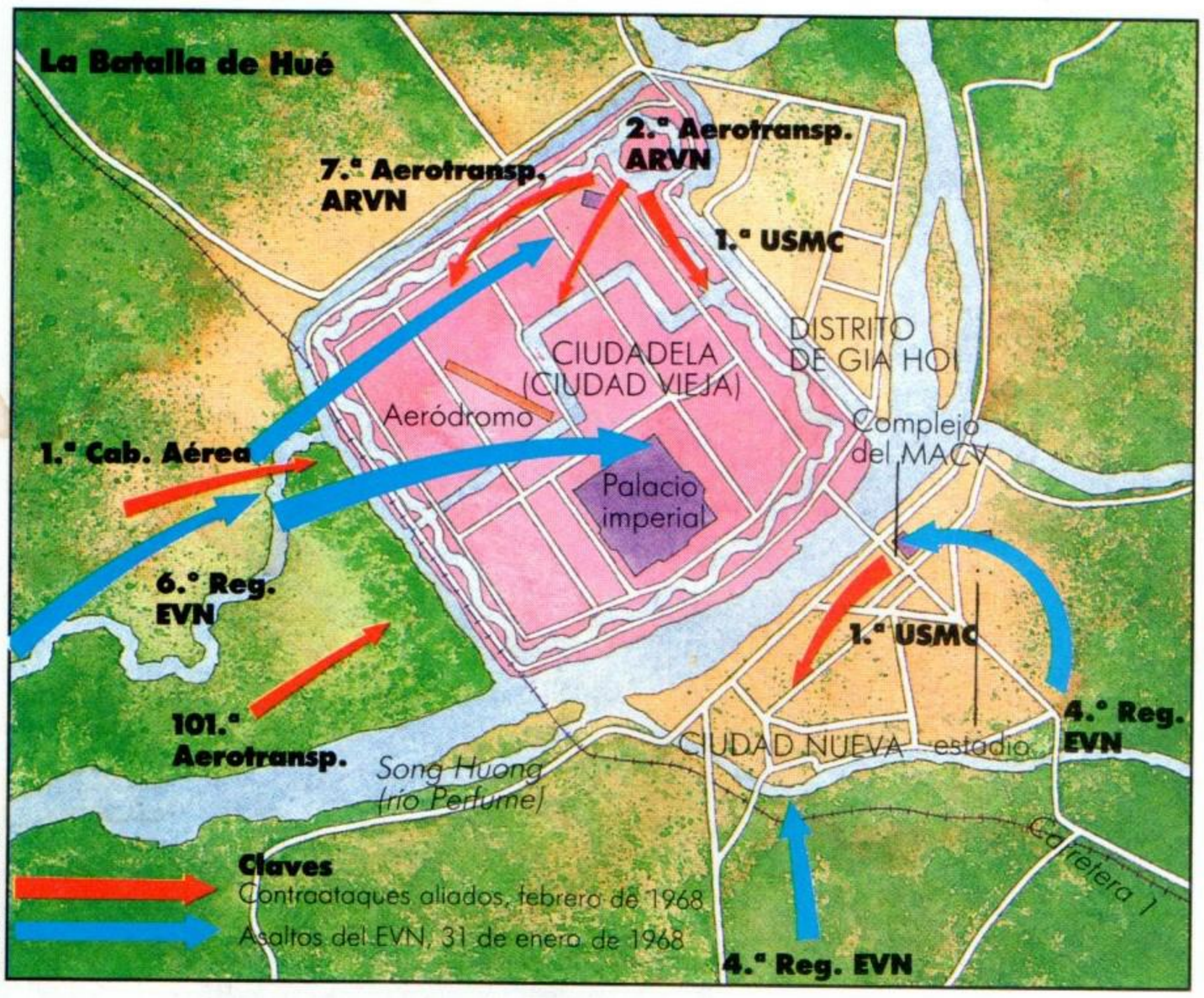
Aunque los Ontos demostraron ser muy efectivos, la renuncia a utilizar armamento pesado en la Ciudad Antigua obligó a los marine a procurarse su propio fuego de apoyo.

Sin embargo, cuando el 5 de febrero se autorizó finalmente el fuego de apoyo de las unidades navales, y el de la artillería y la aviación el 7 de febrero, el curso de la batalla cambió.

La barrera de fuego norteamericana fue terrible, disparándose 5 191 proyectiles navales, 18 091 de artillería y 150 000 kg de bombas de aviación.

La Ciudad Nueva fue desalojada el 9 de febrero y el uso de bombas Snakeye de 150 kg y depósitos de *napalm* de 250 kg permitió que el Ejército sudvietnamita y el 1er Batallón del 5.° Regimiento de marine se abrieran paso a través de los muros de la Ciudadela el 22 de febrero. Tres días más tarde, Hué fue declarara segura.

CAPÍTULO 72



Russell Barnett

El VC llegaba a la ciudad como si fuese una plaga de piojos, la Fuerza Operativa Rayos-X se encontraba bajo el fuego directo de los morteros y pronto los proyectiles comenzarían a caer sobre la ciudad. Pero había que hacer ALGO. De modo que Lahue envió a la compañía A del 1.er Batallón de marine en dirección a Hué para controlar la situación en la Carretera 1 y tratar de establecer contacto con las fuerzas sitiadas dentro de la Ciudad Nueva. Pero la Compañía A tuvo problemas casi inmediatamente.

Durante los combates callejeros, la muerte puede llegar desde cualquier parte. Abajo: Un grupo de marine se protege del fuego de los francotiradores.

Cuando apenas había cubierto la mitad de la distancia que le separaba de Hué, fue inmovilizada por una emboscada de efectivos del Ejército nordvietnamita. Así que Lahue envió al teniente coronel Marcus Gravel con su grupo de mando del 1.er Batallón, junto con la Compañía G del 5.º del 2.º Batallón de marine, una sección de carros de combate y algunos ingenieros. Cuando salían de la base, Gravel detuvo el *jeep* y llamó al teniente Richard Lyons: "¿Quiere ir a la ciudad de Hué a pasar una tarde de combates callejeros?", le preguntó. Lyons, el capellán del batallón y un hombre que no dudaba en coger su M16 para cubrir a sus compañeros en el campo de batalla, subió al *jeep*. Gravel no tenía tiempo para organizar un plan de acción, de modo que se limitó a gritarles a sus hombres: "Todos a los camiones", y a gran velocidad por la Carretera 1.

La pequeña fuerza de Gravel se las ingenió para superar la cortina de fuego del Ejército nordvietnamita, sacar a la Compañía A del atolladero y, a pesar del intenso fuego enemigo dentro de Hué, cruzar el puente sobre el canal de Phu Cam y entrar en la zona norteamericana antes de las 15,00 horas.

Habiendo llegado a este punto, a Gravel se le ordenó que tratase de establecer contacto con las fuerzas del Ejército sudvietnamita mandadas por Truong, que se sostenían en el sector norte de la Ciudad Antigua. Sus hombres avanzaron sobre el puente Nguyen Hoang pero, careciendo de apoyo acorazado, se encontraron muy pronto con una potencia de fuego enemiga muy superior a la que podían hacer frente. Gravel retrocedió con sus heridos.

Punto de apoyo precario

Al día siguiente, Gravel intentó abrirse paso a través de la ciudad hacia el cuartel general de Truong, pero volvió a encontrarse con la tenaz resistencia de

Popperfoto

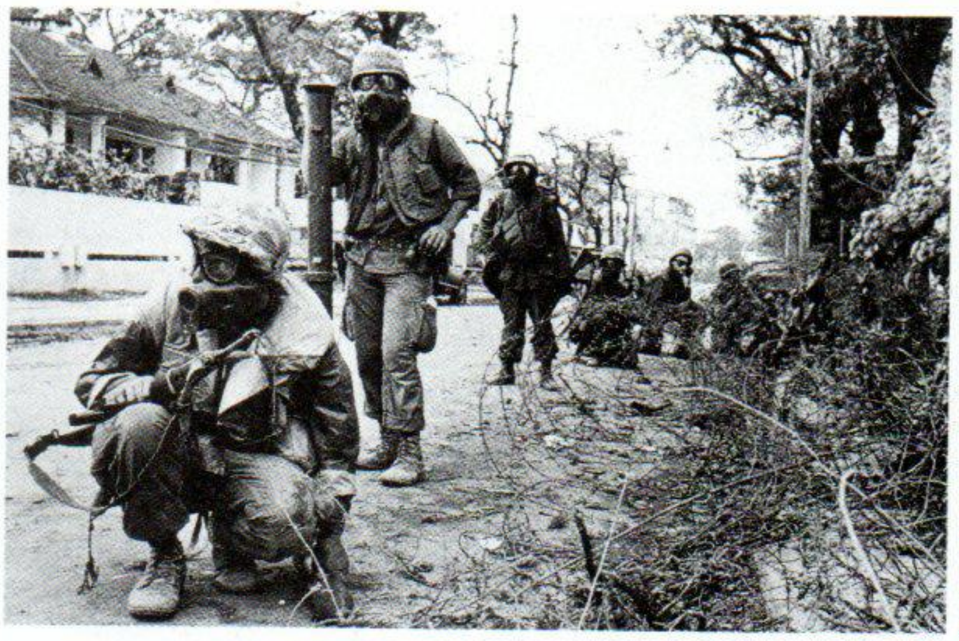
los soldados nordvietnamitas parapetados dentro de los muros de la Ciudad Antigua.

Pero todo el tiempo llegaban cada vez más fuerzas de marine a la ciudad, bajo el mando de famosos militares como el coronel Stanley Hughes, comandante del 1.er Regimiento de marine, y el teniente coronel Ernest Cheatham, a quien muchos describían como "el mejor oficial de marine con el que habían servido nunca". Lenta pero seguramente, los infantes de marina comenzaron a asegurar su precaria posición y luego se hicieron fuertes en las laberínticas calles de la Ciudad Antigua.

Pero las cosas no iban bien. La mayoría de los marine en Hué eran soldados que se habían alistado hacía poco tiempo y que suponían que debían combatir al VC en el campo, donde podían confiar en sus enormes recursos de potencia de fuego y donde disponían de la gran ventaja de contar con una mayor movilidad. Ahora, sin embargo, debían hacer frente a una clase diferente de guerra: combates a corta distancia, casi cuerpo a cuerpo, corriendo de un lugar a otro cubriéndose todo el tiempo, con francotiradores enemigos capaces de abatir a cualquiera que cometiera la imprudencia de quedar al descubierto. Los acosados soldados, inmovilizados entre los escombros, maldecían la falta de fuego pesado de apoyo. Se rumoreaba que tenía que ver con la protección de los civiles o con evitar la destrucción de los edificios históricos. Parecía una broma:

Extremo superior, derecha: Elementos de la 1.ª de Caballería Aérea avanzan el 22 de febrero por la Carretera 1 para reforzar a los marine. Derecha, centro: Los marine llevan máscaras antigás para protegerse de los gases lacrimógenos utilizados para desalojar a un francotirador oculto en una casa. Extremo inferior, derecha: Los civiles, como siempre, llevaron la peor parte. Muchos murieron en sus casas por el fuego de artillería y las bombas.

Popperfoto



Popperfoto

Camera Press

tus compañeros volados en pedazos porque algún jodido templo podía resultar dañado. ¿Divertido, verdad?

Pero estos muchachos eran fundamentalmente infantes de marina y Gravel estaba orgulloso al comprobar que su miedo natural era superado por las tradiciones del regimiento. Algunas escenas permanecerían para siempre en su memoria, como aquella del joven Jim Soukup (del 1.er Batallón), quien había dibujado una gran diana en la parte trasera de su chaqueta con esta inscripción desafiante: "¡Prueba tu suerte, Charlie!" O el teniente Allen W. Courtney, un tejano genial que, ignorando sus terribles heridas, disparó con una mano cubriendo la evacuación de sus compañeros heridos. Courtney se negaba a abandonar su puesto, de modo que Gravel le ordenó que fuese al hospital de sangre en un lenguaje que suponía que el tejano entendería: "Quiero que salgas de la ciudad antes del anochecer".

El avance era muy lento, pero los hombres de Gravel no se detuvieron. El 6 de febrero, fueron reconquistados el hospital, la prisión y el cuartel general provincial, y el 9 los marine controlaban la

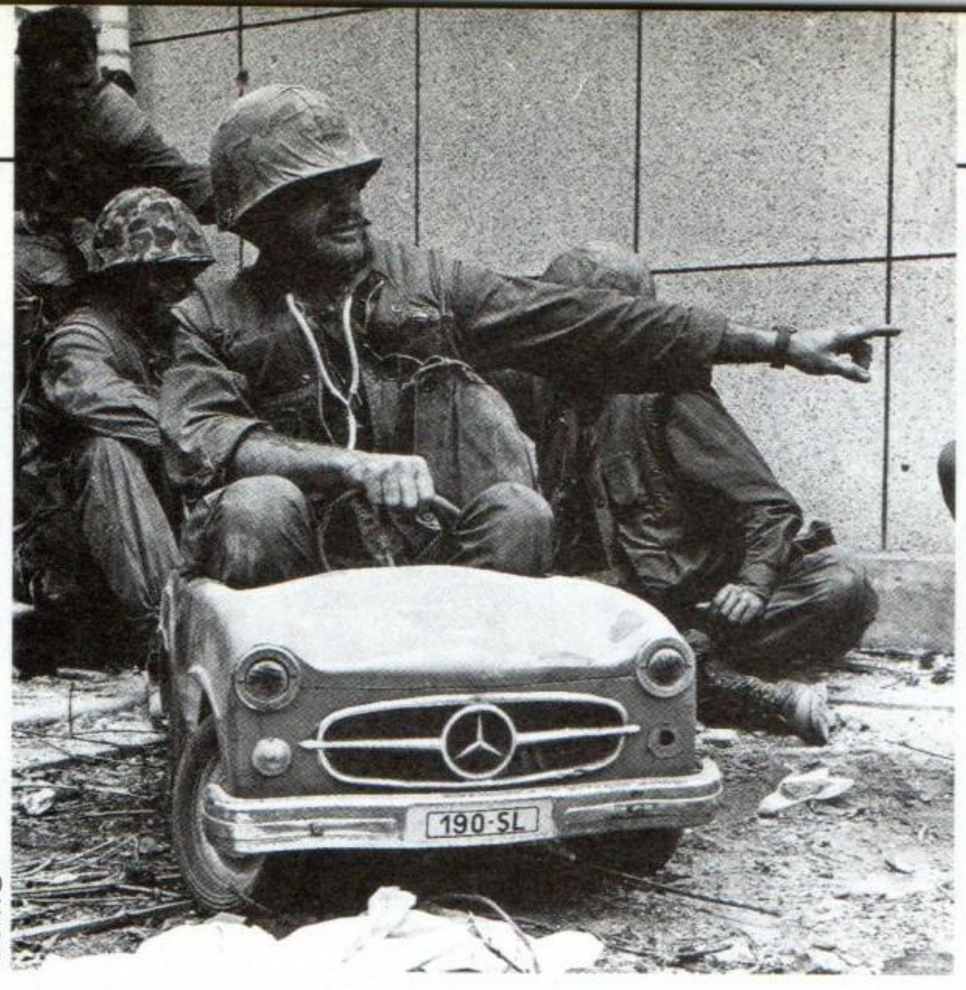
ATROCIDADES COMUNISTAS EN HUÉ

¿Se podía acusar a Hanoi de asesinato a sangre fría después del hallazgo de tumbas colectivas una vez concluida la batalla de Hué?

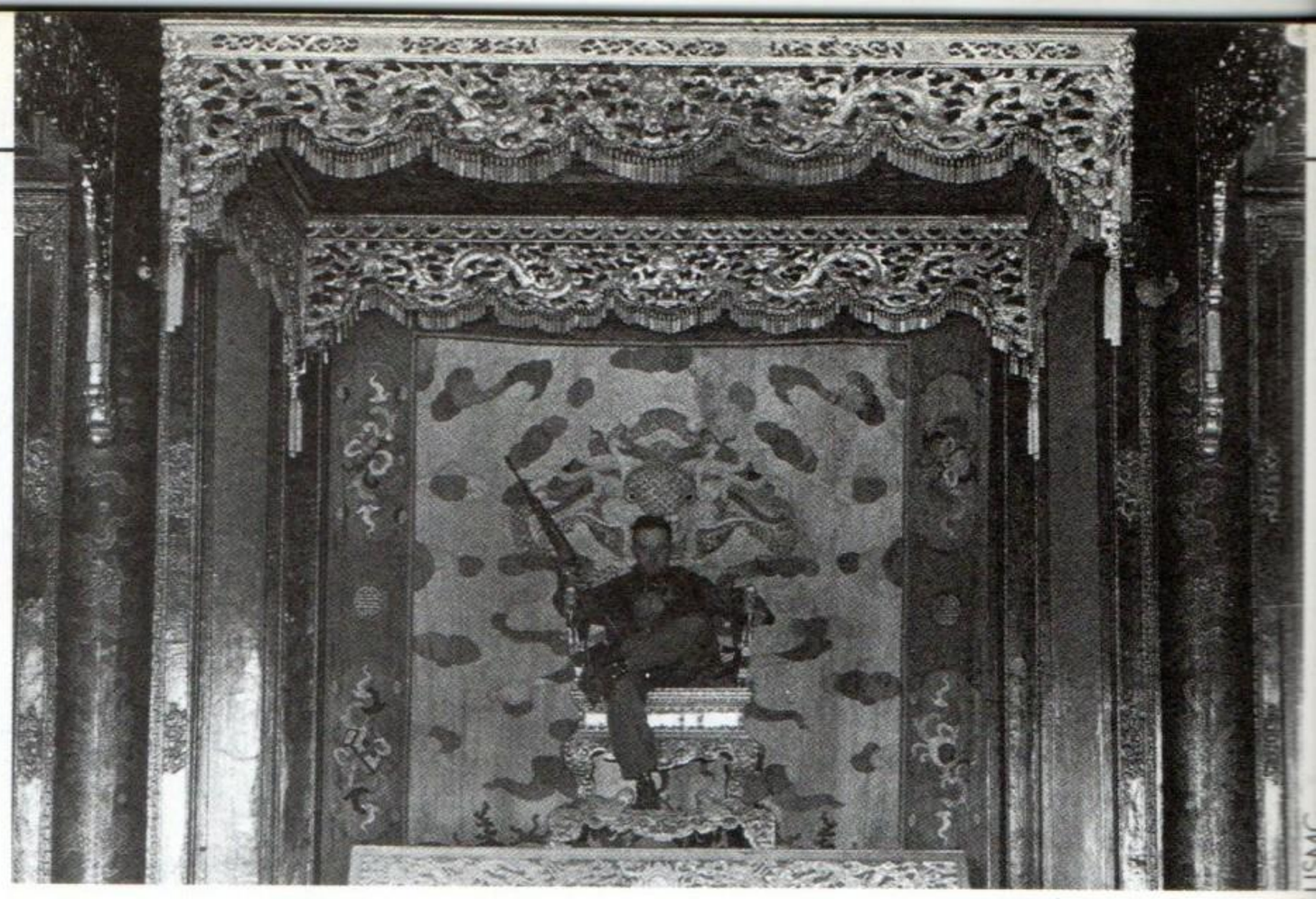
El 4 de febrero —cinco días después de que las fuerzas comunistas ocuparan la mayor parte de la ciudad de Hué— *Radio Hanoi* anunció ominosamente que habían "rodeado y castigado a docenas de crueles agentes". Cuando, el 25 de febrero, Hué fue finalmente reconquistada, se hizo evidente que se había producido una minuciosa purga de habitantes. Un documento capturado al VC reveló que las fuerzas comunistas calculaban haber eliminado a 1 892 empleados administrativos, 38 policías y 70 "déspotas". En los 18 meses siguientes, se encontraron 2 800 cadáveres en fosas comunes. Estas tumbas estaban localizadas en claros de la selva, lechos de los ríos y bancos salinos costeros. Muchos de los que habían sido llevados para ser ejecutados fueron enterrados vivos en esas tumbas, mientras que muchos otros habían sido salvajemente mutilados.

Muchos de los que se oponían a la participación norteamericana en la guerra, y otros, culparon a la potencia de fuego norteamericana y al Ejército sudvietnamita; posteriormente, atribuyeron estas muertes a la acción de tropas frustradas del Ejército nordvietnamita que se batían en retirada. Esto no coincidía con la propaganda comunista de la época. En setiembre de 1969, *Radio Hanoi* ridiculizaba la continua búsqueda de cadáveres de "gamberros aduladores que habían pagado deudas de sangre". Era muy poco probable que un ejército en retirada y sediento de venganza hubiese trasladado a sus víctimas tan lejos de la ciudad. En realidad, los escuadrones de la muerte habían llegado provistos de listas de funcionarios públicos, maestros y líderes religiosos, y les habían ejecutado después de cortes marciales rutinarias. Una segunda purga alcanzó a otros líderes de la comunidad, intelectuales y a aquellos relacionados con las fuerzas norteamericanas, mientras que una tercera purga eliminó a todos los testigos de las anteriores matanzas. Entre los muertos se encontraba Stephen Miller, del servicio de información norteamericano, tres médicos alemanes y dos misioneras francesas.

El terror era un rasgo común de la estrategia de intimidación desplegada por Hanoi, pero el que se practicaba en el campo rutinariamente no era comunicado. Lo que había sucedido en Hué era diferente, tanto en términos de su magnitud como en la publicidad que mereció. El presidente Nixon dijo que eso no era más que un preludio de lo que pasaría en Vietnam del Sur si los comunistas tomaban alguna vez el poder. Pero, muy pronto, el barbarismo florecería en ambos lados.



USMC



USMC

Ciudad Nueva. Tres días más tarde, se desplegaron por la Ciudad Antigua. Allí prosiguieron los amargos y sangrientos combates.

La batalla que se libró en Hué en aquellos largos días de febrero fue absolutamente diferente a cualquier otra librada en Vietnam.

Desalojar al enemigo

El enemigo tenía focos de resistencia en todas partes. Los francotiradores, agazapados en los pisos superiores de los edificios o en pequeños agujeros, sólo esperaban a que algún pobre bastardo desafortunado —o estúpido— asomara la cabeza, mientras los nidos de ametralladoras disparaban a nivel del suelo. Los morteros, semienterrados para evitar que fuesen detectados, cubrían las rutas de acceso. Como si todo esto fuera poco, era la temporada de los monzones. El cielo furioso y la atmósfera lóbrega y fétida hacían virtualmente imposible cualquier tipo de apoyo aéreo. Para los marine, los días que pasaban en Hué luchando bajo ese cielo gris plomizo se convirtieron en una especie de rutina. Durante el día, se abrían camino luchando por desalojar al enemigo de sus ocultas posiciones defensivas, llevando las armas de apoyo que podían y luego esperando conseguir una comida caliente por la noche. Y, todo el tiempo, el VC y el EVN lanzaban contraataques locales y se arrastraban furtivamente durante la noche y colocaban trampas explosivas. Pero los marine resistieron estoicamente, ingeniándoselas incluso para desarrollar cierto humor negro, como esos muchachos a los que se les oía cantar: "Salgamos de este lugar, salgamos aunque sea lo último que hagamos". Y sufrieron muchas bajas. Gravel jamás podrá olvidar a ese soldado que aguardaba ser evacuado por los enfermeros y a quien un periodista le preguntó: "¿Cuántas veces te han herido?" El chico, impasible, le contestó: "¿Hoy?"

Agazapados detrás de los muros, disparando con todo lo que tenían, los marine avanzaron centímetro a centímetro, consumidos por la fatiga. El 21 de febrero reconquistaron el palacio imperial y, finalmente, en la noche del 25, la batalla de Hué concluyó oficialmente. Había durado 26 días.

Arriba, izquierda: El humor negro cundió entre los soldados después de la batalla de Hué. Aquí, el sargento F.A. Thomas da un paseo en un "Mercedes". Arriba: El sargento P.L. Thompson se sienta en el trono del antiguo palacio imperial de la ciudad. Abajo: Un grupo de marine llora a sus muertos a la manera tradicional.

CAÑÓN SIN RETROCESO

Portátil y versátil, el cañón sin retroceso era la artillería particular de la infantería norteamericana

El cañón sin retroceso es un arma de calibre relativamente grueso que dispone de una alta cadencia de tiro, poco peso y flexibilidad, una ventaja adicional para el soldado que debe combatir en tierra.

A diferencia de los proyectiles de artillería normales, la vaina de la munición del cañón sin retroceso está perforada con docenas de orificios y no queda ajustada a la recámara. Cuando el arma es disparada, una parte del gas propulsor sale a través de la recámara del arma. El gas restante impulsa al proyectil por el cañón. Por tanto, un enorme rebufo, como si de un cohete se tratara, proviniente de la culata produce una fuerza que equilibra exactamente el retroceso creado por el disparo.

Los cañones sin retroceso fueron diseñados para ser transportados fundamentalmente por los soldados de infantería. Sin embargo, tanto los tipos M40A1 como M67 raramente eran movidos de sitio. El M67 de 90 mm era dejado habitualmente en la base para la defensa del perímetro, y el M40 de 106 mm era usado comúnmente montado en un *jeep*.

El M67, un arma de retrocarga, se utilizaba contra los vehículos acorazados de combate, pero también resultaba muy efectivo contra los fortines. Podía dispararse desde el hombro o usado como arma emplazada en tierra y era eficaz hasta un alcance máximo de 400 m.

El M40 de 106 mm —en realidad un arma de 105 mm, llamada 106 para evitar confusiones con el cañón sin retroceso M27 de 105 mm— podía disparar tanto proyectiles contracarro normales como de alto explosivo y proporcionaba a la infantería un arma que se asemejaba a la artillería integral. El M40 estaba equipado con un fusil de puntería de 12,7 mm asegurado sobre el cañón. Esta arma disparaba unos proyectiles trazadores especiales de fósforo que, después de hacer impacto, explosionaban con una humareda blanca fácilmente visible. Si estas trazadoras acertaban su objetivo, el tirador del M40 podía disparar el proyectil de 106 mm. Pero, un inconveniente de los disparos trazadores era delatar dónde estaba emplazada el arma.

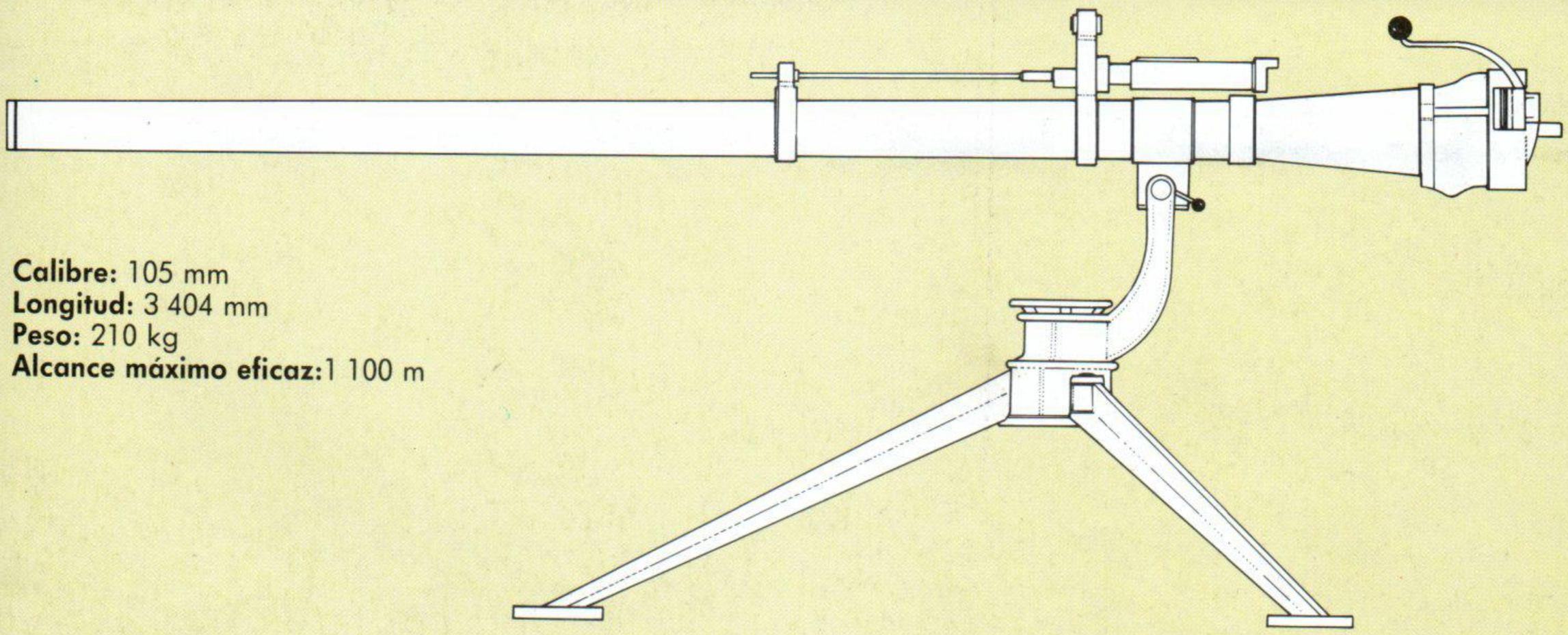
Además de su papel primordial para atacar a los vehículos acorazados de combate y las posiciones fortificadas, el M40 también podía utilizarse contra los asaltos de infantería, un papel en el que se aprovechaba la munición XM546 Beehive. Estos proyectiles contenían más de 8 000 "flechas" —dardos de metal de 5 cm— que, cuando eran disparados, se desplegaban en abanico y podían llegar a contener los ataques masivos del enemigo.

Para disponer de un medio cazacarros altamente móvil, se montaron seis M40 en un vehículo oruga T165, creando así el M50 Ontos. El M40 estuvo a punto de representar un papel incluso más extravagante, pues fue propuesto para armar a los aviones cañoneros AC-130 H Spectre.

Abajo: Un cañón sin retroceso M40 de 106 mm es montado en el aula de una escuela durante la batalla de Hué. Era un arma vital para el combate casa por casa, pues proporcionaba una elevada potencia de fuego.

USMC

CAÑÓN SIN RETROCESO M40A1 DE 1D6 mm



Calibre: 105 mm
Longitud: 3 404 mm
Peso: 210 kg
Alcance máximo eficaz: 1 100 m

Graham Bingham

ARCHIVO FOTOGRÁFICO 12

J. Hillelson Agency

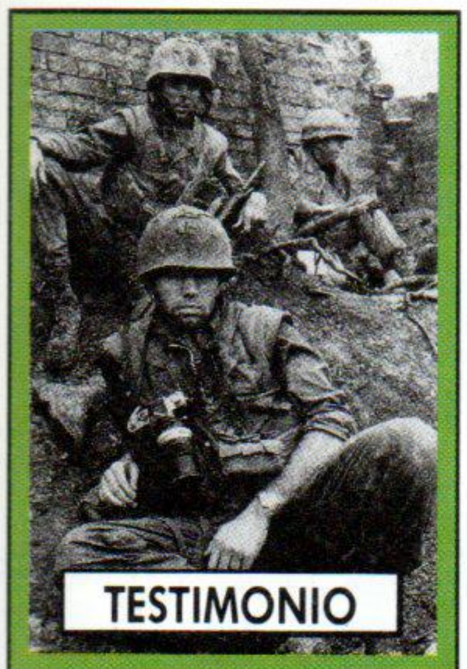
Imágenes congeladas en el tiempo. Desde una granada arrojada en el fragor del combate hasta la escena surrealista de dos infantes de marina aparentemente indiferentes ante la desesperada lucha por la Ciudad Imperial. Mientras los marine avanzaban lentamente, Don McCullin captaba el calor, la suciedad y el miedo de la batalla, junto con la camaradería y lealtad que aflora cuando los hombres se enfrentan a la muerte en la próxima esquina

HUE

J. Hillelson Agency

LUCHA EN LAS CALLES

J. Hillelson Agency



TESTIMONIO

Don McCullin, fotógrafo británico, ha cubierto guerras desde Irlanda del Norte hasta Oriente Medio. Sus fotos, que constituyen un intento de examinar la tragedia humana de la guerra, captaron todo el horror de Vietnam. Fue herido en Camboya en 1970.

J. Hillelson Agency

Arriba, izquierda: Batiéndose a través de las calles de Hué, un marine lanza una granada. Izquierda: Dando traspies a través de una alfombra de hierros retorcidos, tres marine arrastran a un compañero agonizante. Derecha: Al resguardo de un precario abrigo, entre un gruñido de aprensión y una mirada al cielo, esperan mientras el estallido de las bombas sigue resonando más allá del muro.

CAPÍTULO 73

J. Hillelson Agency

EL IMPACTO DEL TET

Cuando las imágenes de la ofensiva del Tet cruzaron el éter, la opinión pública estadounidense se sintió profundamente conmocionada

Jamás olvidaré el Tet. Aunque no llevé un fusil durante la batalla de Hué ni me sentí atenazado por el miedo cuando la Embajada norteamericana fue asaltada por el Vietcong ni me agazapé impotente en una trinchera de Khe Sanh, recuerdo el Tet por lo que supuso para mi fe en mi país y en sus líderes.

La historia del Tet es, en realidad, una historia sobre dos naciones. Es la historia de los Estados Unidos de Norteamérica antes del Tet y después del mismo. El Tet es la división en nuestra historia, el profundo zarpazo que nos dio humildad y destrozó nuestra juventud. Nuestros líderes dicen "somos una nación joven y tenemos grandes sueños". Pero eso ya no es verdad, y no ha sido verdad desde el Tet.

Tendrían que haber vivido en Estados Unidos en la década de los sesenta, haber crecido en las ricas praderas del Medioeste superior, para comprender verdaderamente lo que estoy a punto de contarles.

Yo crecí en una pequeña ciudad papelera de Wisconsin, el centro de una comunidad campesina de duros trabajadores escandinavos de segunda generación que asistían a misa todos los domingos. El patriotismo era un artículo de fe.

Nuestros héroes eran Joe McCarthy, el hombre que atormentó a los comunistas en los años cincuenta (era vecino nuestro) y Douglas MacArthur, el héroe de la Segunda Guerra Mundial, hijo predilecto del Estado. El deseo más íntimo de mi madre era que yo asistiera a West Point, siguiendo los pasos de Dwight Eisenhower. En 1960, Richard Nixon vino a la ciudad durante su campaña para presidente y arrasó en nuestro distrito. Cuando el ul-

traconservador Barry Goldwater perdió las elecciones de 1964, el impacto nos dejó aturdidos.

En 1966, a la edad de 15 años, me enviaron a una escuela militar, un ambiente tan conservador, intransigente y seguro de sí mismo como ningún otro en el mundo.

A mis amigos y a mí nos encantaba la escuela militar, amábamos la profunda y casi indecible camaradería, las largas filas grises de jóvenes marchando al unísono, la sencilla lealtad. Era una vida difícil pero disciplinada, una miniutopía donde las reglas se entendían fácilmente, donde los límites y las tradiciones eran cosas reales, como si uno pudiera extender la mano y tocarlas.

Hoy, al otro lado del río del lugar donde vivo se encuentra el largo monumento oscuro del *Vietnam Veterans Memorial*. Los nombres de algunos de mis compañeros de promoción figuran en esa pared.

Durante mi primer año en la escuela, mi clase asistió a la proyección de una película sobre lucha antiguerrilla. Recuerdo vívamente aquella película, tal vez porque fue la primera vez que sentí que las cosas no funcionaban muy bien en el Sudeste asiático. En la película, un grupo de guerrilleros comunistas llega a una aldea vietnamita y les quita el arroz por la fuerza a los campesinos. Cuando éstos se niegan a entregar el arroz, los comunistas ejecutan a uno de los aldeanos para dar ejemplo. Se llevan el arroz y los jóvenes campesinos son obligados a incorporarse a la fuerza guerrillera. Luego llegan los norteamericanos, unos hombres altos, con uniformes verdes y sombreros blandos, sonriendo con seguridad y conocimiento de causa.

Los norteamericanos son buenos tíos: vacunan a los niños, construyen una escuela, entregan comida, ayudan a levantar la cosecha y escuchan respetuosamente cuando los ancianos de la aldea les cuentan sus problemas. Al final de la película, los norteamericanos les piden a los campesinos que se sumen como voluntarios al Ejército de Vietnam del Sur. Todos los jóvenes se presentan voluntarios para luchar contra los comunistas; sus madres sonríen con orgullo mientras sus hijos se alejan hacia la selva.

Mis compañeros preguntaban, ¿cómo podrá ganar nunca el Vietcong? ¿Por qué luchan? Mis compañeros y yo éramos el más fiel reflejo de la película. Los norteamericanos eran niños exploradores armados con fusiles M16, embajadores de la libertad con un cargador de munición y una barra de chocolate. Teníamos buenas intenciones y pensábamos que, cuando el Vietcong comprendiera esto, depondría las armas y se uniría a nosotros.

Las semillas de la duda

Pero la guerra continuó durante mi primer año en la escuela militar, y también durante el segundo. Debería decir que a pesar de nuestra disciplina y lealtad, de nuestra reglamentación y nuestro amor por la tradición, nuestra escuela era intelectualmente vibrante. No se nos ocultaba nada, no existía la censura. Aunque la presión para que uno se amoldara era evidente, estas presiones desaparecían en la puerta de la clase. Una vez en ésta, las diferencias de grado —diferencias que, en otras circunstancias regían todos nuestros movimientos— dejaban de tener significado. Ayudaba el hecho de que el rango se basara en grados, como así también en el "porte

Abajo: Para otros, como estos estudiantes de la generación de Woodstock que pedían una "moratoria" antibélica, la guerra era una mezcla corrupta e inmoral de fanfarronería, beneficios para la industria armamentista y vidas desperdiciadas. Después de la ofensiva del Tet, también se vio que no podría ganarse. La de ellos era una actitud que comenzó a reflejarse cada vez más a través de Norteamérica después de la conmoción del Tet.

TESTIMONIO

El autor, Mark Perry, se encontraba en una escuela militar durante la ofensiva del Tet. Ahora es director de *VETERAN*, el periódico mensual de los veteranos de Vietnam.

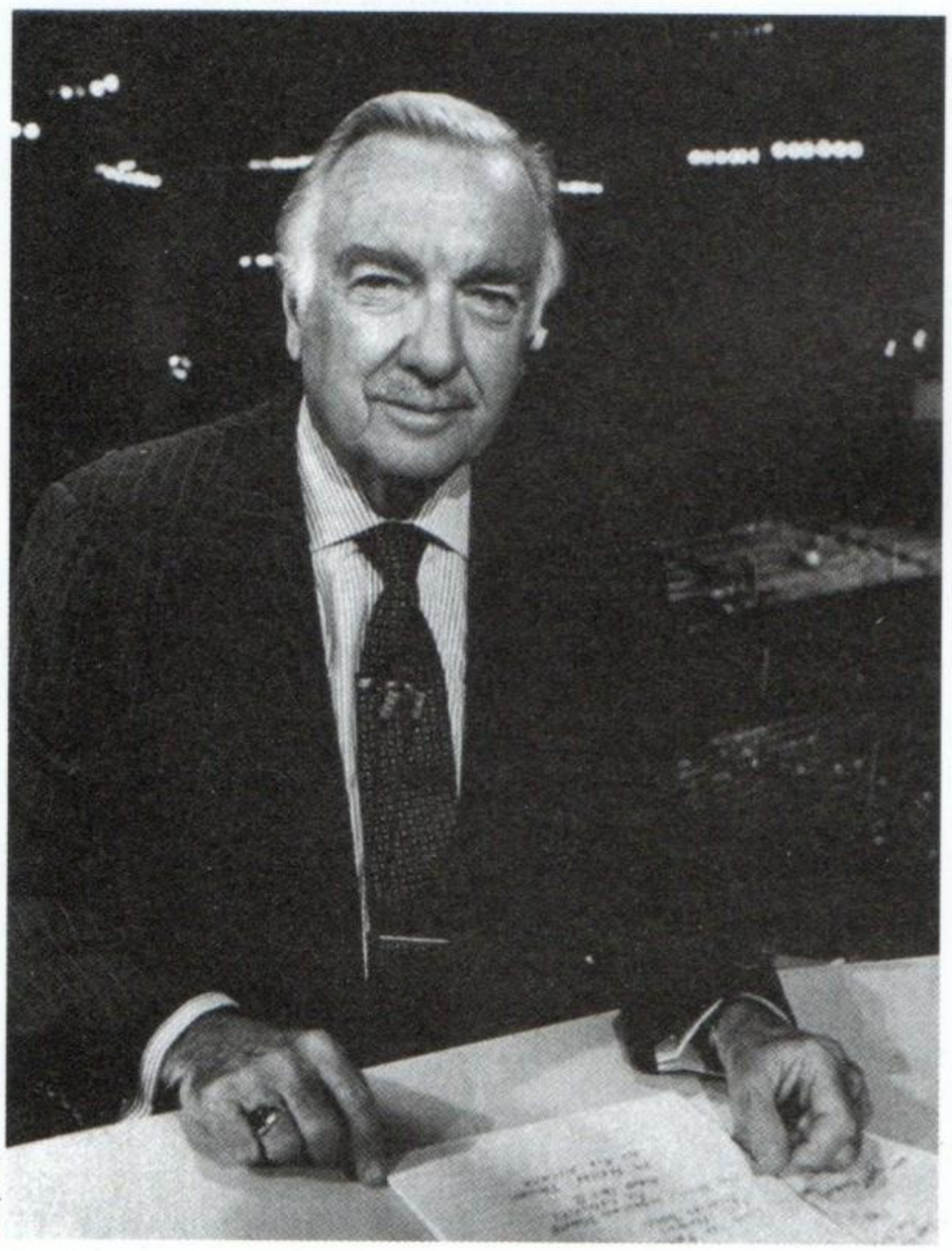
Izquierda: Los acontecimientos del Tet dividieron a la nación. Para algunos, como estos obreros que se manifiestan a favor de la guerra y de su interpretación del sueño americano, el conflicto era una valiente lucha contra el comunismo.

J. Hillelson Agency

CAPÍTULO 73

militar", porque eso significaba que los cadetes de empleo más elevado no eran ningunos tontos. Y, de ese modo, las semillas de la duda eran esparcidas de arriba a abajo. En el otoño de 1968, el año de mi graduación, cuando fui ascendido a uno de los empleos más altos de la oficialidad, la fe del cuerpo de cadetes en Vietnam en la tradición militar norteamericana estaba siendo minada lenta pero inexorablemente.

El grado tiene sus privilegios. El año de mi promoción fue el cuerno de la abundancia en cuanto a libertad. Por primera vez en mis años en la escuela militar pude salir de las instalaciones de la misma durante los fines de semana. En el otoño de 1967, los oficiales del último año habían recorrido las calles en sus coches, ligando con las chicas y llevándoselas de copas a los bares. El lugar de las diversiones se encontraba a 100 kilómetros de nuestro mundo militar, en el *campus* de la Universidad de Wisconsin, en Madison, la capital del estado, con



Topham

sus 54 000 estudiantes y una vibrante vida en los bares. Pero en el otoño de 1968, la Universidad de Wisconsin ya no era la misma.

Los estudiantes organizaban continuamente marchas de protesta contra la guerra. La propia universidad, y la conservadora ciudad que la rodeaba, estaba alterada. Durante una de las manifestaciones de protesta, la policía reprimió con porras a los estudiantes. Esa noche, el jefe de policía de Madison apareció en las pantallas de televisión acusando a los manifestantes de "instigadores que no son de Wisconsin".

En noviembre de 1967, apenas dos meses antes de la ofensiva del Tet, era evidente que el antaño unido y tradicional cuerpo de cadetes del que yo era un orgulloso oficial se encontraba profundamente dividido con respecto a nuestra implicación en Vietnam. Era el tema obligado en cada aula, el tópico en la periferia de todas las conversaciones.

¿PUNTAL O VERDUGO?

Después de que la ofensiva del Tet conmocionara a Norteamérica, ¿cuál fue el papel que desempeñó el periodista de televisión Walter Cronkite en la polarización de la oposición pública a la guerra de Vietnam?

En 1968, Walter Cronkite, que se había unido a la CBS 18 años antes, era uno de los periodistas de televisión más respetados e influyentes del país. Según un político, Cronkite podía cambiar la intención de voto de miles de norteamericanos "con una simple inflexión de su voz de barítono, o alzando una de sus pobladas cejas". Desde 1965 hasta 1968, Cronkite había adoptado un enfoque imparcial de la información sobre la guerra, reflejando la cautela general de las principales cadenas de televisión de no presentar la guerra y la administración Johnson bajo una luz desfavorable en la televisión nacional. Pero en octubre de 1967, las actitudes estaban cambiando. El 7 de ese mes, Cronkite ofreció en el telediario la imagen de un joven soldado norteamericano cortándole la oreja a un VC muerto.

Cuando se desató la tormenta de la ofensiva del Tet a principios de 1968, el norteamericano medio y Cronkite fueron conmocionados. El 31 de enero, cuando las fuerzas del VC trataban de abrirse paso hacia la Embajada norteamericana en Saigón, las noticias llegaron a EE UU justo antes de que se transmitieran los boletines de noticias de la noche. Los confusos informes iniciales indicaban que la Embajada había sido ocupada por el enemigo y Cronkite espetó: "¿Qué demonios está pasando? Yo creía que estábamos ganando esta guerra".

El veterano periodista voló hacia Saigón —su primera visita desde 1965— para evaluar la situación sobre el terreno. El 27 de febrero, en un raro informe personal en la CBS, anunció que era "más seguro que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam acabará en un punto muerto". Cronkite veía sólo una solución para el embrollo en el que EE UU se encontraba: negociar con Hanoi. El presidente Johnson, mirando el telediario en la Casa Blanca, se volvió hacia su secretario de Prensa y dijo: "Si he perdido a Walter, también he perdido al señor Ciudadano Medio".

Pero Cronkite estaba reflejando a la opinión pública más que guiándola. El 20 de febrero, el comité de Asuntos Exteriores del Senado había comenzado a desarrollar vistas televisadas cuestionando la necesidad de la guerra, mientras qe dos días más tarde, el MACV anunciaba el mayor número de bajas semanales de toda la guerra, con un total de 543 soldados norteamericanos muertos. Para Johnson, lo peor aún no había sucedido. El 12 de marzo, el virtualmente desconocido senador Eugene McCarthy presentándose como candidato pacifista, consiguió el 42 % de los votos en las primarias de New Hampshire. En esta batalla para encontrar al candidato demócrata por New Hampshire para las próximas elecciones presidenciales, McCarthy había obtenido sólo 300 votos menos que el propio Johnson.

Un candidato pacifista más prominente, el senador Robert Kennedy, entró en la carrera por la nominación presidencial cuatro días más tarde. El 18 de marzo, 139 congresistas —incluyendo 41 demócratas— apoyaron una resolución exigiendo una inmediata revisión por parte del Congreso de la política de Johnson en Vietnam. La popularidad del presidente descendió de un índice de aprobación del 48 % a sólo el 36 %. El 31 de marzo, abandonó la carrera para su reelección como presidente. Cronkite —"el hombre más fiable de norteamérica"— había colocado el clavo final en el ataúd de Johnson.

Arriba, izquierda: Durante la guerra de Vietnam, Walter Cronkite, el veterano periodista de la CBS, fue realmente la voz del norteamericano medio. Cuando declaró que la guerra estaba "estancada en un punto muerto", fue un verdadero golpe para la moral de Johnson.

En diciembre, tres cadetes del último año fueron sorprendidos con marihuana en sus habitaciones y expulsados. Fue un hecho sin precedentes y un acto de rebeldía explosiva en la historia de nuestra escuela. Los culpables se marcharon en silencio, pero resentidos, de la escuela, mientras el resto de nosotros evaluábamos la insurrección.

La depresión "post Tet"

Los veteranos de aquel conflicto nos dicen a aquellos de nosotros que nunca fuimos a la guerra que la violencia era real en Vietnam, y que nunca la sentimos aquí, en nuestro país. Pero se equivocan. Vietnam se apoderó de nosotros como si fuese un gran miedo, el mismo que tuvo Goliat antes de desplomarse. Ahora pienso que la frustración de nuestra implicación en el conflicto, la certeza incluso de nuestra inevitable derrota, era algo que, de alguna manera, nosotros ya sabíamos entonces.

Pero el Tet fue el golpe de gracia. Durante la última semana de enero de 1968, nuestro obsesivo pensamiento sobre la guerra recibió un respiro. En Vietnam, las tropas norteamericanas "bajaron la guardia" en su constante batallar con el enemigo. Incluso en nuestra escuela militar, los debates de los meses anteriores, que nos habían dividido, sufrieron un *impase*. Como si el tema se hubiera agotado. Pero el 31 de enero, la ofensiva del Tet reavivó nuestros desacuerdos y finalmente, inevitablemente, hizo que cada hombre —cada muchacho, en realidad— se replantease la guerra.

La guerra en la televisión

Para nosotros, el hecho más traumático fue el asalto a la Embajada norteamericana. Para los estudiantes del último año, cuyas libertades incluían la posibilidad de mirar la televisión durante dos horas cada noche después de cenar, la imagen temblorosa de William Westmoreland, de pie en medio de un grupo de asesores, decidiendo qué decirle a la prensa inmediatamente después del ataque sufrido por la Embajada, fue la prueba más flagrante de que nuestra guerra estaba perdida.

El 2 de febrero, justo un día después del ataque a la Embajada —cuando era evidente que Hué había sido tomada por el Vietcong—, se inició una pelea a puñetazos delante de la televisión. Un grupo de estudiantes del último año, defensores de nuestra participación en la guerra, se batieron gallardamente por el derecho (créase o no) a cambiar el canal donde estaban pasando las noticias de Vietnam. Las malas noticias eran propaganda, decían ellos. Algunos de nosotros contraatacamos y el telediario, con su incesante menú de malas noticias, permaneció en el aire.

En nuestras cenas, durante la primera semana de la ofensiva del Tet, mientras permanecíamos en posición de firmes detrás de nuestros asientos, se procedía a leer con voz solemne la larga lista de muertos pertenecientes a las clases ya graduadas. Para nosotros, la ofensiva del Tet había traído la guerra a casa: a nuestras habitaciones, a nuestra escuela, a nuestras unidades. Algo había cambiado en Norteamérica y nosotros lo sabíamos. Extrañamente, pero quizá comprensiblemente, los tumultos y demostraciones callejeras cesaron durante el mes de febrero, como le sucederá a menudo a una nación que se enfrenta con el espectro de su propia tragedia. Observábamos con horror como miles de soldados norteamericanos eran sorprendidos en una lucha a muerte en el centro de Hué, contemplábamos con espantado asombro la forma en que un oficial sudvietnamita le volaba la cabeza a un hombre sospechoso de pertenecer al Vietcong.

Nuestras horas delante de las noticias de la noche en la CBS se convirtieron en una vigilia. Las noticias de la noche en la CBS eran mucho más que una obligación. Era nuestra ventana hacia una nación que estaba cambiando ante nuestros propios ojos.

Pero el cambio más radical se produjo en la noche del 27 de febrero de 1968. Hué fue liberada. Nuestros compañeros cadetes estaban a salvo, al menos por un tiempo. Vietnam del Sur había sobrevivido, pero nuestra fe en la guerra, desde aquella noche, había quedado destruida para siempre.

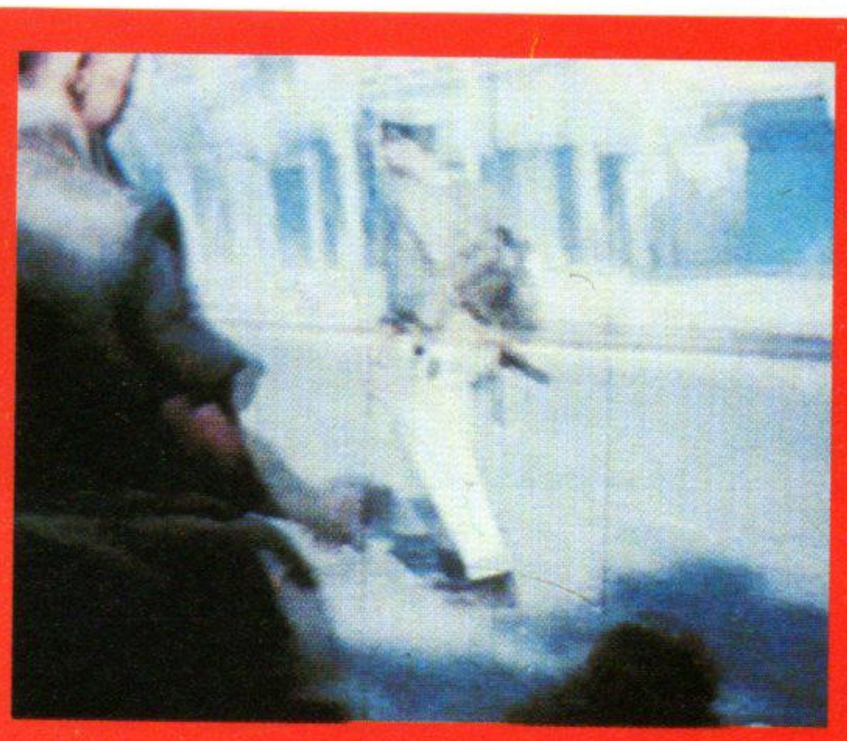
Walter Cronkite, el periodista de la CBS, era una especie de héroe para todos nosotros. Seguro, fiable, profesional y paternal, escuchábamos lo que decía y comparábamos notas como si se tratara de un juego. En la noche del 27 de febrero, nos dio su largamente esperada evaluación de la guerra.

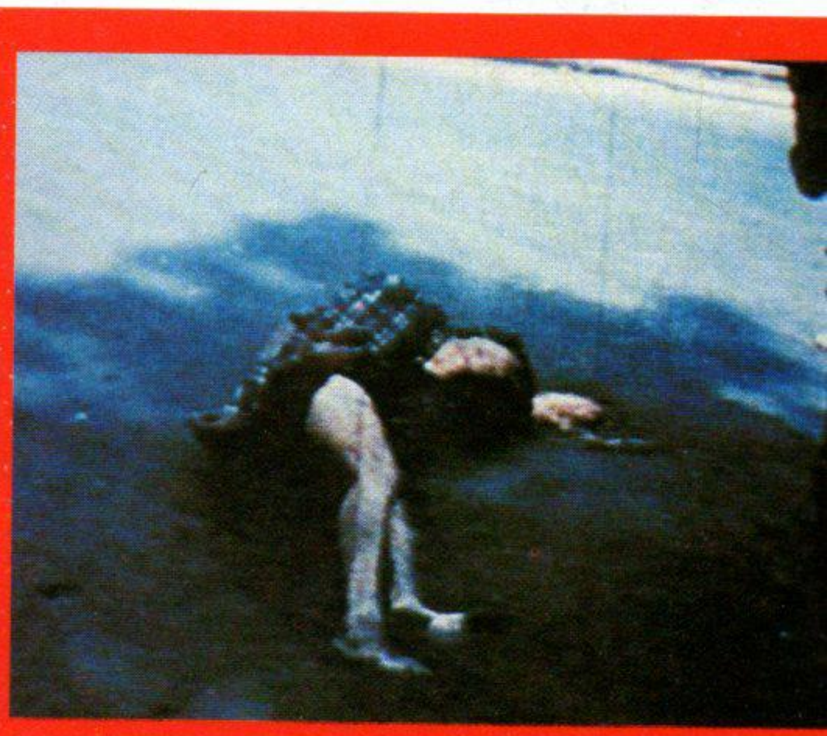
"¿Quién ganó y quién perdió en la gran ofensiva del Tet?", preguntó desde detrás de su mesa en Nueva York. Hizo una pausa y luego dijo: "No estoy seguro". Hubo movimientos nerviosos en toda la habitación. "Nosotros ganamos", gritó alguien desde la parte de atrás y luego se quedó en silencio.

"Ahora parece más seguro que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam acabará en un punto muerto", continuó Cronkite. "Decir que hoy nos encontramos más cerca de la victoria es creer, a pesar de las evidencias, que los optimistas habían estado equivocados en el pasado... Para este periodista está cada vez más claro que la única forma racional de acabar con esta guerra es negociar, no como vencedores sino como un pueblo noble que se mantuvo fiel a su compromiso de defender la democracia y lo hizo lo mejor que pudo." Y luego Cronkite dio por terminado el programa: "Les habló Walter Cronkite", dijo, mirando a la cámara, "buenas noches".

"Hemos perdido", recuerdo que pensé. Tal vez estábamos equivocados, o teníamos razón, teníamos buenas intenciones, o malas, pero perdimos. Más que cualquier otra cosa, es esta derrota lo que me deja perplejo. Un grupo de "hombres pequeños, con pijamas negros y corriendo bajo la lluvia" —como nos contó un graduado que regresó de la guerra— derrotó a la mayor potencia militar del mundo.

La cobertura televisiva de la guerra tuvo un profundo efecto sobre la opinión pública en EE UU. Una de las secuencias más famosas y terribles enviadas a los hogares norteamericanos en 1968 fue esta ejecución aparentemente sumaria de un sospechoso del VC recién capturado. Extremo inferior, izquierda: El sospechoso es llevado por soldados sudvietnamitas, ignorando el destino brutal que le aguarda.





Arriba, centro: Recibe un disparo a quemarropa en la sien y cae en la calle. Arriba, derecha: Tal vez ya olvidado por su asesino, una frágil forma vierte su sangre hacia el polvo y las sombras. Estas fueron unas imágenes que los telespectadores norteamericanos jamás olvidarían.

Tim Page

MISION PHANTOM

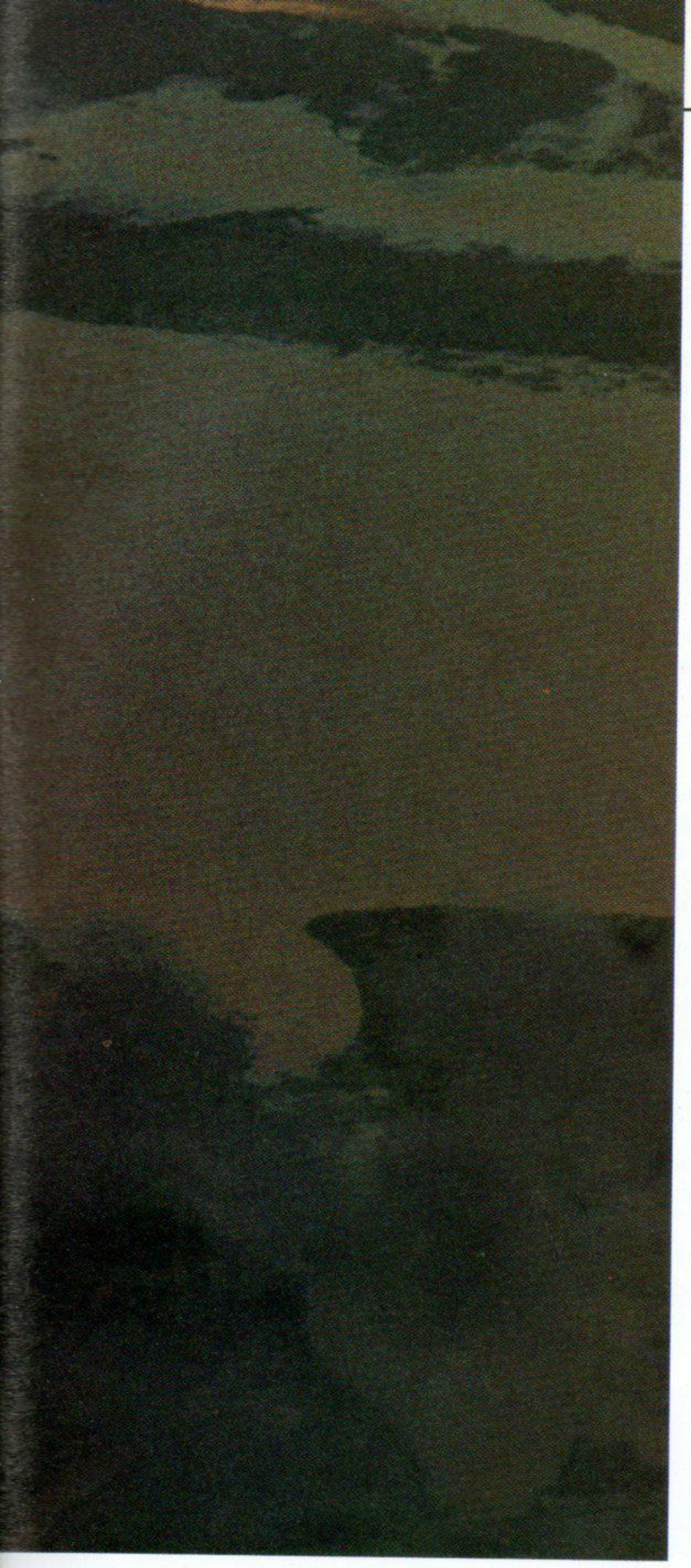
Cuando el piloto del Phantom se aproxima al objetivo, empuja la palanca hacia adelante, alínea el morro con las colinas y aprieta el botón rojo. Arriba: La tierra vuela y las explosiones llenan el aire cuando otra misión alcanza su objetivo. Después de lanzar sus bombas de 300 kg, el Phantom asciende y se aleja a toda velocidad del blanco, zigzagueando para escapar al fuego enemigo.

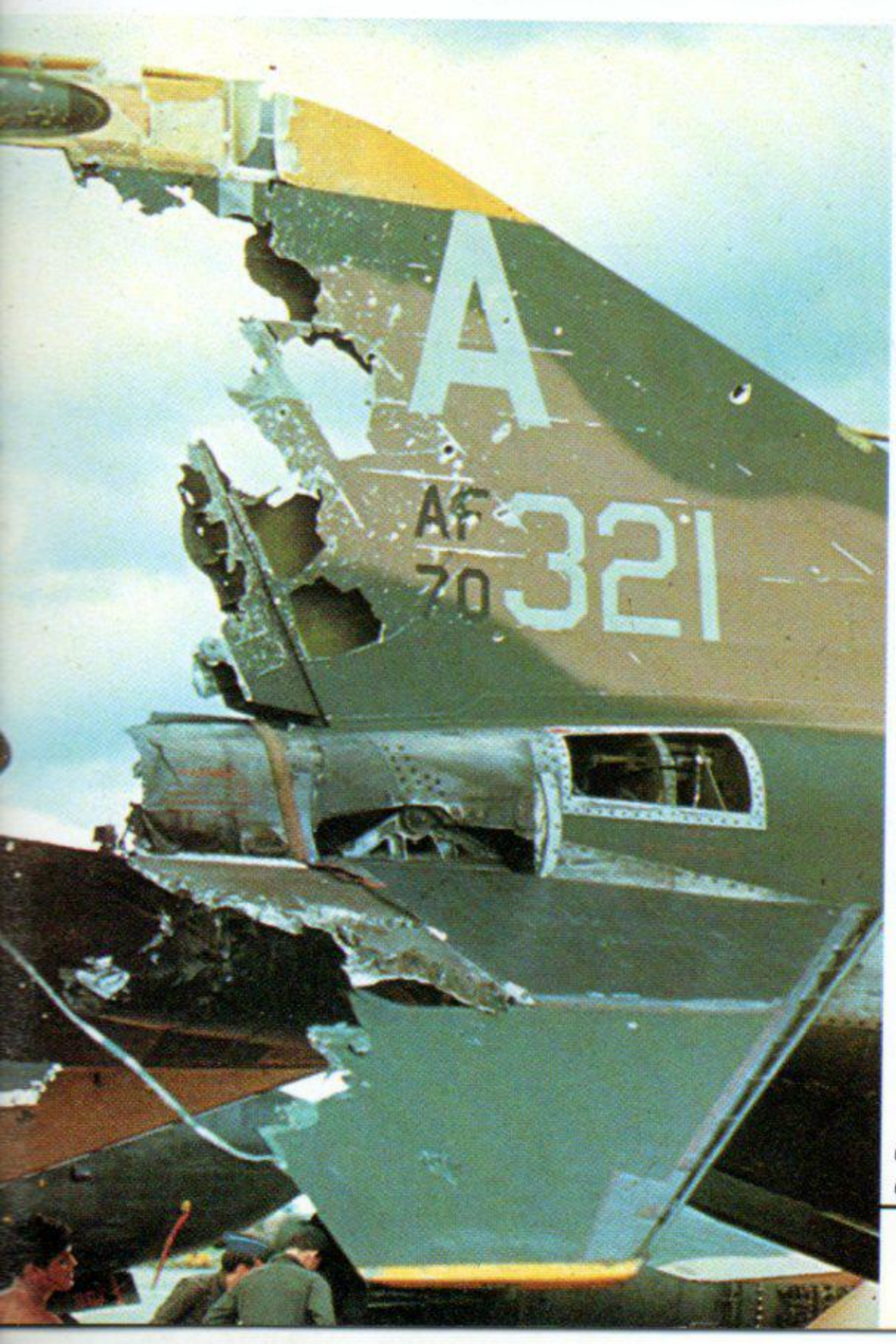
Mientras lenguas de fuego rojo anaranjado salen despedidas de los posquemadores de tu Phantom, pones rumbo hacia el territorio de los misiles antiaéreos y buscas el objetivo que te ha sido asignado

TESTIMONIO

Este artículo ha sido confeccionado por Robert F. Dorr a partir de charlas con oficiales del 496.° Escuadrón Táctico de Caza.

Derecha: Con los empenajes destrozados, este Phantom tuvo la suerte de poder regresar a su base después de un encuentro con un misil SA-2 "Guideline".





R. Dorr

La hora es las 0,30 de oscuridad. La luz de una linterna te quema los ojos mientras te despiertan bruscamente en tu estrecho alojamiento en Korat, Tailandia. Las misiones fueron adjudicadas anoche —los objetivos son asignados en lo que se conoce como orden fragmentada—, de modo que ya sabes cuál será tu destino esta mañana un depósito de suministros del Ejército nordvietnamita, justo cruzando la frontera de Laos, el país sobre el que, por ahora, no podemos volar.

Ducha, afeitado, lucha cuerpo a cuerpo con el tórrido calor de la madrugada y presentarse en el puesto de mando del escuadrón para recibir el parte meteorológico. Nubosidad escasa, vientos suaves. Luego el parte de la información militar. ¿Fuego desde tierra? De moderado a intenso. Estarás a tiro de los SAM. No se espera la presencia de MiG enemigos.

Eres miembro del 469.º Escuadrón de Caza Táctica, mandado por el teniente coronel Edward Hillding y que ocupa una zona de considerable tamaño en Korat, una base aérea bombardeada por un calor terrible y por lluvias torrenciales. El escuadrón forma parte de la 388.ª Ala Táctica de Caza, bajo el mando del coronel Paul P. Douglas, el as de la Segunda Guerra Mundial que pilota un Phantom bautizado como el "Viajero de Arkansas". El escuadrón acaba de incorporar los F-4E Phantom. "Hacemos el trabajo con los E", puede leerse en un cartel en la base de operaciones. Es más largo, más pesado, con capacidad de combustible y un radar diferente. Sobre todo, el F-4E tiene un cañón integrado, un M61 de 20 mm con 640 proyectiles, diseñado para poder volver las cosas contra los MiG en los combates a corta distancia. Contra las ordenanzas, y desafiando a los palurdos como el jefe del Mando Aéreo Táctico, general William Momyer, el 469.º ha pintado fauces de tiburón en las proas de los Phantom. Incluso el *jeep* del escuadrón está decorado con ese mismo motivo. No es mucho, pero ayuda a levantar la moral.

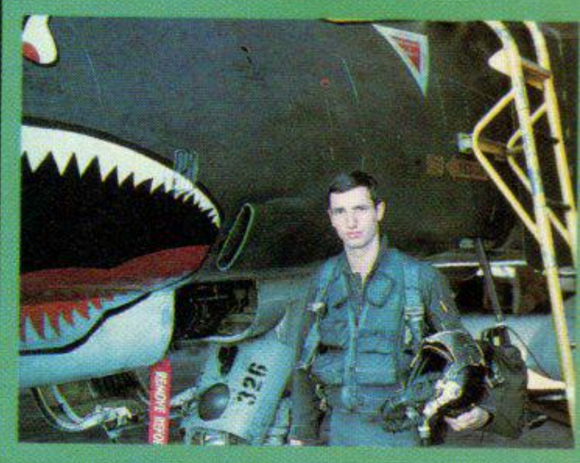
Alimentar al tiburón

Hoy eres el piloto del Gunshot 2 en una patrulla de cuatro F-4E Phantom. El oficial de sistemas de armas (WSO), en el asiento posterior, es el capitán Gilbert Murray. Una vez que han sido dadas las instrucciones, saludas optimistamente al líder de la patrulla Gunshot, comandante Thomas E. Sanridge, y le sigues por la puerta de salida. Una pincelada rosa pende sobre el horizonte cuando subes al Phantom.

Sanridge sale del refugio y se dirige hacia la pista, una formación de luces verdes y rojas que parpadean en la semi oscuridad. Cierras la cubierta de la cabina, te comunicas con Murray por el intercomunicador, sueltas los frenos y te pones en marcha. Hoy llevas seis bombas de 300 kg con extensores de espoletas, largas varas que sobresalen de la parte delantera de las bombas y hacen que éstas exploten antes de tocar el suelo. Tu Phantom también lleva un contenedor de contramedidas electrónicas para burlar los radares de Hanoi, tres AIM-7 Sparrow guiados por radar y cuatro misiles infrarrojos AIM-9 Sidewinder. Pero, con su carga completa, tu Phantom pesa menos de 30 000 kg.

Después de despegar, cierras el tren y asciendes,

ENTRENAMIENTO DE REACTORISTAS



En la década de los sesenta, cualquiera que deseara convertirse en piloto de la Fuerza Aérea norteamericana (arriba) debía recibir entrenamiento como oficial. Los graduados en la escuela superior podían asistir a un curso de cuatro años en la Academia de la USAF en Colorado Springs, al finalizar el cual recibirían un nombramiento de oficial y el de Licenciado en Ciencias. Aquellos que asistían a la universidad podían ingresar en el Cuerpo de Instrucción de la Reserva de Oficiales de la Fuerza Aérea (AFROTC), que tenía cerca de 170 campus en todo el país, o podían esperar hasta después de la graduación y luego presentarse a un curso de tres meses en la Escuela de Instrucción de Oficiales en Lockland, Texas.

Aquellos que desearan seguir entrenamiento como pilotos, asistían a un curso de 53 semanas en una de las 10 bases de instrucción diseminadas por todo el país (este curso fue reducido a 48 semanas en 1971). Después de un breve período de prácticas en tierra, el futuro piloto recibía 30 horas (posteriormente reducidas a 16) de entrenamiento básico en un avión ligero Cessna T-41. Si se le consideraba apto, continuaría su instrucción con 90 horas en un North American T-28 o bien en un Cessna T-37, y 120 horas en el Northrop T-38 supersónico. Al finalizar este ciclo, pasaría a su especialidad: cazabombardero, interceptador o bombardero. Durante la guerra, la USAF se enfrentó con una escasez de pilotos, pero el desarrollo del Mando de Entrenamiento Aéreo (ATC) y una política de "extraer" pilotos de puestos administrativos resolvió gradualmente este problema. Entre 1965 y 1973, fueron entrenados un total de 33 000 pilotos.

saliendo del manto protector de las nubes para encontrarte con el cielo brillante. Gunshot 3 y 4 está a pocos segundos detrás de ti. Sanridge llama: "Gunshot, pasar a frecuencia de misión". Tu compañero en el asiento trasero cambia los canales en la radio UHF. La patrulla de cuatro Phantom vira suavemente y se dirige al Noreste, en dirección a Laos.

Tu largo Phantom, un avión de formas masivas e impulsado a través del aire por dos monstruosos motores J79, asciende hacia la luz del día mientras el sol sale delante de tu derecha. Mientras mueves los controles de vuelo, tu compañero se ocupa de la navegación y vigila los sistemas del avión. La patrulla Gunshot se acerca ahora a la zona del blanco a 800 km por hora.

Abajo, el terreno se vuelve más montañoso, su densa techumbre verde se ve amortajada intermitentemente por algodones oscuros que cuelgan de barrancos y valles. Sanridge es una silueta con casco en el Phantom líder, un poco más arriba y a unos veinte metros a tu izquierda. Su voz transmite una orden inconfundible: "A por ellos, que comience la música", lo cual significa que debemos nivelar las superficies de control, poner en verde todos los interruptores de seguridad de las bombas y conectar la "música" EMC.

Sanridge otra vez: "Patrulla Gunshot, controles".

Murray recita una lista de comprobaciones. Tu le contestas. ¿Bombas armadas? "Bombas armadas". ¿Intervalómetro? Se trata de un dispositivo que actúa espaciando el lanzamiento de tus bombas de 300 kg para Ho Chi Minh. "Intervalómetro conectado." ¿Selector de estación? "Bombas, todas." ¿Conmutador general conectado? Las ceñidas máscaras de oxígeno confieren a las voces una tonalidad gomosa y opaca.

Sanridge está verificando el objetivo, el depósito de suministros del Ejército nordvietnamita oculto bajo de la espesura verde en un valle que se encuentra delante de nosotros. No se levanta ningún telón, no suenan las trompetas para indicar que te encuentras en Laos. Sanridge habla con Hillsborough, un ABCCC (Centro de control y mando aerotransportado), sobre nuestro objetivo. "Está en la cordillera nororiental, la que tiene dos picos." Hillsborough es un C-130 con un aparato especial de comunicaciones. Algunas de las informaciones sobre el objetivo provienen de vuelos de reconocimiento. Otras, de un grupo ultra secreto de la Fuerza Aérea llamado "los Cuervos", que opera desde un pequeño campo de aterrizaje en territorio de Laos, a pesar de todos los desmentidos oficiales.

Los SAM a la cola

No importa cómo ha sido descubierto el objetivo, pero ellos saben que llegas. Te están disparando. Chorros de humo color rojo anaranjado describen un arco en el cielo, flotando hacia ti. Son proyectiles disparados por armas automáticas y ametralladoras. Un momento después, aparece un furioso chorro de proyectiles trazadores disparados por cañones de 37 y 57 mm. Un solo impacto de uno de éstos y tu Phantom se convertirá en un montón de chatarra retorcida. Mientras tanto, tu RHAWS (sistema de alerta y detección radar) te dice que un emplazamiento de misiles SAM en la frontera de Vietnam del Norte te está acechando.

"Patrulla Gunshot, mirar y atacar." "Dos", respondes.

Es muy estrecha la cabina del Phantom. El sudor se condensa en el borde de la máscara de oxígeno. Murray te pregunta algo sobre las bombas. "¡Cierra la boca!", le espetas por el intercomunicador.

Abajo, izquierda: El comandante Roy S. Dickey, un piloto de la 388.ª Ala Táctica de Caza, sonríe al regresar de su misión de combate número 100 sobre Vietnam del Norte. Abajo, centro: Abordando su Phantom, la tripulación se apresta a iniciar una buena misión. Abajo, derecha: Dos F-4E, cargados con bombas de 300 kg con extensores de espoletas, misiles Sparrow y depósitos de combustible lanzables, esperan su turno para ser repostados por un avión cisterna KC-135.

P. Chinnery

CAPÍTULO 74

EL TRUENO DEJA DE RESONAR

La operación "Rolling Thunder" asoló Vietnam del Norte durante más de tres años. Cuando todo hubo terminado, EE UU había gastado miles de millones de dólares y perdido 922 aviones, pero... ¿qué se había conseguido?

El 31 de octubre de 1968, el presidente Johnson ordenó que todos los ataques aéreos, navales y de artillería sobre Vietnam del Norte cesaran a las 08,00 horas (hora de Washington) del día siguiente, como parte de su política de "reducir la escalada de la guerra y avanzar seriamente hacia la paz". A cambio de las concesiones de Johnson, los nordvietnamitas accedieron a iniciar un fase más significativa en las conversaciones de paz de París.

La orden ejecutiva de Johnson marcó el fin de la Operación "Rolling Thunder", iniciada como una serie de ataques aéreos selectivos sobre Vietnam del Norte en marzo de 1965. Los objetivos de la operación estaban destinados a mejorar la moral de los sudvietnamitas, reduciendo el flujo de hombres y suministros desde el Norte e "imponiendo un castigo" a Hanoi por su permanente apoyo a la insurgencia en el Sur. Después de tres años y nueve meses de ataques cada vez más intensos, durante los cuales se realizaron más de 300 000 salidas y se arrojaron sobre Vietnam del Norte más de media tonelada de explosivo por minuto, ninguno de estos objetivos había sido alcanzado.

La moral de los sudvietnamitas había mejorado, pero resultaba imposible decir si ello era consecuencia directa de la operación "Rolling Thunder". Como había demostrado la ofensiva del Tet, el envío de suministros por parte de los nordvietnamitas a través de la Ruta Ho Chi Minh había aumentado dramáticamente, mientras que la fuerza principal comunista al sur de la Zona Desmilitarizada había aumentado en un 75 %. A pesar de la conformidad de Hanoi de iniciar conversaciones de paz en París, la determinación de los nordvietnamitas parecía haberse endurecido en lugar de debilitarse a causa de los terribles bombardeos. Además, las crecientes críticas a las tácticas de bombardeo produjeron una pérdida evidente del apoyo del pueblo norteamericano a la guerra.

Por tanto, aunque se había producido ingentes daños materiales al Norte, la Operación "Rolling Thunder" fue considerada como un fracaso. No volverían a realizarse ataques aéreos contra el Norte hasta 1972, momento en el cual una nueva tecnología y un nuevo presidente se combinarían para que esos ataques fuesen infinitamente más efectivos.

Compruebas la velocidad, el ángulo de picado, la derrota. Tu punto de mira es un lugar pelado en las colinas que tienes delante. El Phantom de Sanridge ya está virando mientras los proyectiles estallan a su alrededor. Es curioso. Desde tu base en Tailandia has realizado 67 misiones en Vietnam, además de otras doce "que no deben mencionarse" sobre Laos. Te han alcanzado tres veces. Has visto a uno de tus compañeros volar en pedazos por el aire. Y, sin embargo, jamás has visto a un vietnamita cara a cara, amigo o enemigo.

"Lo siento", le dices a tu compañero. Siempre le estás gritando. Y luego te disculpas. "Allá vamos."

"¡Nos han alcanzado, nos han alcanzado!"

Desciendes y sueltas las bombas. Se produce un brusco salto hacia arriba cuando se liberan las bombas de 300 kilos. Encabritas el Phantom a través del horizonte y enciendes ambos posquemadores para efectuar una rápida ruptura del contacto y escapar de todos esos hombres anónimos que tratan de matarte desde allá abajo.

"¡Nos han alcanzado, nos han alcanzado!", exclama Murray. El Phantom vibra. Buscas la luz que señala la presencia de fuego en el aparato. No hay ninguna luz encendida. El sistema hidráulico está bien. El Phantom parece seguro en tus manos, pero eso no significa que no se esté desintegrando.

—¡Hay una grieta en la cubierta, detrás de tu cabeza! —me dice Murray— ¡Parece que algo golpeó el perspex y lo rajó!

—Está bien. Parece que no hay daños en los sistemas críticos.

—Parece que no. ¡Eh, mira! Fuego secundario allí abajo.

P. Chinnery

R. Dorr

Arriba: Una patrulla de F-4E Phantom de la 388.ª Ala Táctica de Caza es preparada para una nueva incursión contra los emplazamientos de SAM. Los armeros recorren el aparato comprobando los dispositivos eléctricos y el armamento. Muy pronto, los Phantom despegarán por parejas, atronando con sus dos quemadores. Izquierda: En el cielo azul y límpido de Vietnam, un Phantom se encuentra con un avión cisterna KC-135 y bebe ávidamente el combustible como un niño sediento.

Gunshot 3 y 4 han lanzado sus bombas y una gigantesca pared de fuego se eleva al menos quinientos metros en el aire.

—Ése es el fuego secundario más grande que he visto en mi vida. Debía ser un polvorín. Es...

—Murray, debo decírtelo otra vez. Cierra esa maldita boca.

No era ninguna broma. No ha parado de hablar en todo el rato. Las "interferencias" en tus auriculares pueden impedir que oigas algún mensaje vital. Ahora, mientras recriminas a tu compañero, el centro de control y mando aerotransportado llama para avisar que el enemigo ha disparado misiles antiaéreos.

Desde territorio nordvietnamita, al otro lado de la frontera, los misiles soviéticos SA-2 "Guideline" han salido disparados en un ángulo bajo, dirigidos por radar hacia la Patrulla Gunshot. Con Sanridge en cabeza, comienzas a virar para despejar el área del blanco. Pero Gunshot 3 y 4 apenas han recuperado después de haber lanzado sus bombas.

—Misiles. Delante. A las dos, bajos.

Dicen que se puede eludir fácilmente a un SAM si lo ves venir. Cuando vuelas cerca de seis emplazamientos, la estela roja que deja el motor de crucero te avisa con mucha anticipación. Pero aquí no hay ninguna advertencia excepto por la borrosa imagen de unos postes de teléfono que vuelan alrededor del avión. Han adquirido los Phantom que vuelan detrás de ti. Gunshot 3 realiza una maniobra y elude un SAM, luego otro. Gunshot 4 también esquiva un misil, que explosiona inofensivamente en la distancia. Pero luego otro SAM se acerca a la cola de Gunshot 4 y esta vez no puede eludirlo. Mirando por encima de tu hombro, ves que el Phantom es devorado por un relámpago amarillo.

—¡Le han dado a 4, le han dado a 4!

—No demasiado.

La voz del piloto de Gunshot 4 es una sorpresa, pero jadea como si le faltase aire. Vuelves la vista para ver el Phantom surgiendo de la explosión, aparentemente intacto por el hecho de que su cola ha volado en pedazos.

—Ha estado cerca, amigos. Pero he perdido el timón de dirección. El sistema hidráulico no funciona.

¿Tendrán que saltar sobre Laos, donde los Jolly Green pueden rescatarles?

Cojeando de regreso a la base

—Creo que podemos desviarnos hacia NKP —dice 4 con optimismo.

—Adelante —dice Sanridge.

El aeródromo de Nakhon Phanom —llamado NKP o Nalgas Desnudas— no estaba pensado para recibir a los Phantom y su pista era peligrosamente corta, pero estaba mucho más cerca que Korat.

Por un momento, sin embargo, estás menos preocupado por Gunshot 4 que por tus propios daños. Sigues a Sanridge, mientras tu compañero mira tratando de evaluar los daños. Algo ha resultado alcanzado detrás de tu cabina. Una delgada estela de humo se escapa del Phantom.

En formación con el líder de la patrulla, desciendes hacia Korat sin más problemas.

—Me puse nervioso —reconoce Murray.

—Yo también lo siento. Has sido de gran ayuda. De verdad.

—¿Crees que han alcanzado el tren de aterrizaje?

—Toquemos madera.

—Tienes campo libre, Gunshot 2 —confirma Sanridge. La pista se acerca velozmente.

—Buena toma —dice Murray cuando los neumáticos chirrian. Alzas la cubierta de la cabina y ruedas hasta la zona de aparcamiento. Tu jefe de tripulación coloca rápidamente una escalerilla y sube para encontrarse contigo. Todo es fantástico. Esperas que el jefe de tripulación sonría. En cambio, su rostro se pone pálido cuando te quitas el casco.

—Oh, Dios mío, Señor.

—¿Qué? ¿Cuál es el problema?

Tu casco está lleno de sangre. El líquido marrón rojizo se mueve como si fuese sopa en un tazón.

Un trozo de perspex de la cubierta deslizable dañada te ha hecho un pequeño corte en la nuca, por debajo del borde del casco. Has estado sangrando desde entonces. La cura: una tirita.